

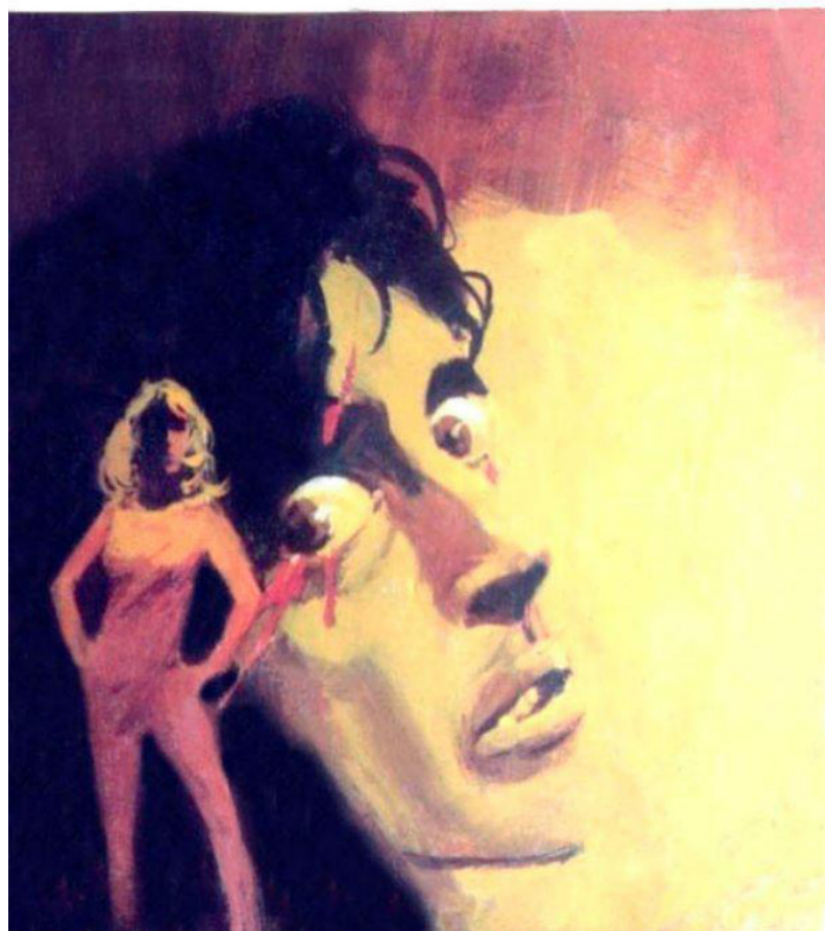
BOX SETS BULGHERA

PUNTO

ROJO

**HAY SANGRE
EN TUS PUPILAS**

Silver Kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**HAY SANGRE
EN TUS PUPILAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 866
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.938 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1978

© Silver Kane - 1978

texto

© Desiló - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Burbank acababa de salir del fétido despacho de Druryson, situado en el más sucio y pestilente lugar de la Avenida Once, cuando vio el magnífico coche «Cadillac Constellation» que remontaba las profundidades de la Calle 21. Era uno de esos coches rutilantes que aparecen en las películas y que todavía hacen volver la cabeza a los hombres de negocios de la ciudad cuando van con sus queridas.

Sin embargo Burbank no pensó lo que pensaban otros, como por ejemplo *¡Que maravilla!* Lo único que Burbank pensó fue más simple:

—*¡Mierda!* —dijo en voz alta.

Trató de escabullirse doblando la primera esquina en dirección al Hudson, o sea hacia la más o menos pútrida Avenida Doce, que a aquella hora estaría llena de maricas, Pero el «Constellation» se detuvo casi a su lado como si él fuera el único hombre de la ciudad.

La cabeza del Pecas asomó por la ventanilla del conductor.

Buen chico, el Pecas. Le llamaban así, no porque tuviese la piel marcada, sino porque en su cara había los agujeros de dos balas que no se comprendía aún cómo no habían acabado con él. Las cicatrices databan de dos años atrás, y la gente mal pensada decía que por los agujeros, en verano, se metían las moscas.

Pues bien, fue el Pecas, buen chico donde los haya, el que le dijo con voz cariñosa:

—¡Eh, cabrón, hijo de la gran chingada, mierda puñetera, ven aquí!

Había que ver lo educado que era el tío.

Burbank estuvo a punto de acordarse de la madre del Pecas, pero sabía que era inútil desobedecer, de modo que se acercó.

Dentro estaban tres tíos más. Eran gorilas de la organización y él los conocía bien.

Razón de más para poner cara de buen chico.

—¡Qué sorpresa veros! —dijo.

—Caca, nene —dijo uno de los de dentro—. A nosotros no nos camelas. Tú intentabas darte el piro. —¿Yo?

—Menos leches. Entra.

El entró.

Sabía lo que le esperaba.

Le llevarían hasta los tinglados de los muelles de Hoboken y allí le romperían dos dedos a lo vivo. Por lo menos. Desesperadamente, trató de negociar.

—Ahora mismo vengo del despacho de Druryson, el corredor de apuestas —dijo—. Le he pagado cien dólares.

—Ya lo sabemos.

Burbank sintió ganas de escupir.

—Cabrones —dijo—. Nada más salir yo, os ha llamado.

—Sí... Nosotros somos como los coches patrulleros de la policía. Estamos siempre a poca distancia de donde nos llaman, muchacho. Lo que ocurre es que no hacemos sonar la sirena, pero yo creo que incluso, llegamos antes. Es la monda, oye, es la monda.

Y el pájaro se rió.

Tenía en las muelas unas caries de tal tamaño, que por los agujeros podía entrar a base de bien los dedos pulgares de una tía.

Burbank conocía bien aquella clase de risas, y sintió que su angustia aumentaba.

—He pagado cien dólares —dijo—. ¿Qué más queréis?

—Tu deuda es de mil. Y prometiste liquidarlos hace una semana.

—No... no he podido. Vosotros sabéis que la vida está difícil. Además, el mal parido de Druryson sólo me prestó trescientos, y resulta que siempre pago y siempre debo más. Lo de los mil ya no hay quien lo aguante.

El Pecas dijo, sin volverse, mientras conducía por Riverside hacia el norte, o sea inequívocamente hacia Hoboken:

—Te los prestó para apostar a las carreras, Burbank. Podías haber ganado una fortuna.

—Pero los perdí. Lo de las apuestas de Druryson sí que es una buena cabronada. El siempre sabe quién va a ganar.

La voz del que estaba a su izquierda se hizo más dura, más seca.

—Vas por mal camino, muchacho —dijo—. Nadie te obligaba a

apostar, pero si apostaste y perdiste, ahora paga. Son mil dólares, es decir novecientos, porque has escupido cien. ¿Cuándo piensas escupir el resto?

—La... la semana que viene.

—Mierda. ¿Tienes trabajo fijo?

—Sí... Hace dos meses. Vosotros debierais saberlo.

—No, no lo sabemos. Hasta ahora no nos importaba, porque los retrasos que tenías en los pagos eran pequeños; pero ahora las cosas se han puesto duras, chico. Ahora las sillas donde te sientas empiezan a oler mal. ¿Dónde trabajas?

—En el manicomio de Salt Bell.

Todos rieron a la vez.

—¿En el manicomio de Salt Bell? ¡Menudo sitio! ¿Y de qué trabajas? ¿De loco?

Porque no será de médico, ¿eh?

—Trabajo de enfermero auxiliar —susurró Burbank.

—Eso da poca pasta.

—Bu... bueno, pero de todos modos pagaré. Juro que pagaré.

Se daba cuenta de que estaba en una encerrona. Había oído hablar de las cosas que les pasaban a los que no estaban al corriente de pago con Druryson, pero hasta entonces jamás imaginó que esas cosas le fueran a ocurrir a él. Y por las miradas casi compasivas que le dirigían los gorilas, adivinó que lo de los dos dedos quizá iba a tener propina. Tal vez se le pensaban cargar toda la mano izquierda.

—Tienes que hacerlo ahora, marrano —dijo el Pecas con sus amabilidades de siempre—. O pagas hoy, o te expones a no pagar ya nunca. ¿Qué llevas en esa cartera?

—Una novela escrita a máquina.

—¿Queeeeeé? ¿O sea una novela para publicar?

—Sí —dijo Burbank con voz tímida.

—¿Y desde cuándo escribes tú novelas, idiota?

—No es mía. Es de otra persona que está en el manicomio. Quiso que se la llevara al editor, pero primero he pasado a pagar a Druryson.

—Y luego te has encontrado con nosotros. Muy bien, chico, muy bien... Deja que le echemos un vistazo.

—¿A vosotros? ¿Por qué? No os interesará...

Sin responder, le quitaron la cartera que llevaba entre las manos y la abrieron. Buscaban dinero, seguro, pero al no encontrarlo echaron un vistazo a las páginas mecanografiadas que Burbank pensaba llevar al editor. En efecto, para ellos los papeles no tuvieron el menor interés, pese a que, al parecer, aquello era una novela de aventuras.

Cruzaron el Hudson más allá del monumento a Grant y se situaron ya en la zona industrial, entre naves más o menos destartadas y buques más o menos hechos polvo que aguardaban en los diques. Burbank se dio cuenta de que había entrado en el territorio del que ya no se regresa; que, a partir de aquel momento, estaba en poder de los gorilas y éstos podían hacer lo que quisieran con él.

Detuvieron el coche.

Era extraño, porque no le habían introducido en ningún pabellón abandonado de ninguna fábrica, que eran siempre sus lugares favoritos para aplastar las costillas a la gente.

Se habían detenido, por el contrario, ante una cabina telefónica.

Fue el Pecas el que descendió.

Llevaba las Cuartillas de la novela en la mano. Se las había dado uno de los pájaros de atrás.

Entró en la cabina y discó un número.

Burbank no lo entendía.

¿Qué puñeta les interesaba la novela a aquella gente?

Su extrañeza aumentó al ver que el Pecas leía por teléfono algunos párrafos. Luego sonrió y colgó.

Vino hecho un brazo de mar hacia el coche.

Sonrió a Burbank.

—Muchacho —dijo—, tienes más suerte que las putas. Estás libre. —¿Es que... van a darme un plazo para pagar?

—Sí.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Druryson?

—Eso es, muchacho: Druryson. No te lo mereces, pero él te quiere como si fuera tu padre.

—¡Mierda, Pecas!

—¿A qué viene eso? ¿No me crees?

—Claro que no te creo. No has marcado el número de Druryson, sino otro. Me lo sé de memoria. Su número empieza con un 3, y tú

has marcado un 5.

Las facciones del Pecas se ensombrecieron un momento, sólo un momento, Los agujeros de su cara se hicieron más sucios y más profundos. Ideales para las moscas.

—Observador el chico —escupió.

—Eso sí que lo soy.

—Tal vez, pero inteligente no lo eres. Podía habérsete ocurrido que Druryson tiene dos números: uno para los clientes, y otro para la gente de su grupo.

—Bueno... Puede ser cierto.

—De todos modos, no sé a qué vienen tantas preguntas, íbamos a romperte dos dedos a lo vivo o quizá a partirte el cuello en rodajas como un salchichón, y en lugar de eso te damos las gracias y te dejamos libre. ¿Qué más chorra quieres? ¿Qué encima te invitemos a fumar?

Burbank hizo un gesto afirmativo. No cabía duda de que le estaban dando una oportunidad, y las oportunidades hay que aprovecharlas sin preguntar nada. Por lo tanto salió del coche y dijo:

—Quizá Druryson no sea tan mal chico como creía. Decidle que pagaré.

—¡Ujú!

—Pero quiero saber cuántos días me concede.

—Dos meses, muchacho, aunque el interés sube un cinco por ciento semanal; eso ya lo sabes. Cuanto antes pagues, antes podrás descansar tranquilo.

Burbank dijo:

—Lo tendré en cuenta.

Y se largó a pie. Puso proa al río, porque sabía que a media milla de allí había una parada de taxis.

No miró el «Cadillac».

¿Para qué?

Dentro de poco sería sólo un mal recuerdo.

Pero más le hubiese valido mirarlo.

Sólo lo hizo cuando notó a su espalda el rugido del motor.

Era como si una locomotora se arrojase sobre él. Los ocho cilindros y los mil quinientos kilos del «Cadillac» eran como un tanque que se lanzaba contra su espalda.

Burbank lanzó un grito.

Su último grito.

Su última maldición.

Y también su última sorpresa, porque reventó, sin entender nada, absolutamente nada. Porque su cuerpo saltó al aire, materialmente roto en dos pedazos, sin que supiera por qué.

La sangre también saltó al aire. Y hasta dejó teñida de rojo toda una pared de la cabina telefónica.

CAPÍTULO II

La mujer dijo con voz tensa:

—Lo siento.

Había tropezado al entrar. Quizá no se veía bien, allí, o quizá ella estaba demasiado nerviosa. Lo cierto fue que más de uno lamentó que no hubiese caído, porque así le habrían podido ver bien las piernas.

Eran fabulosas.

Eran unas piernas largas y sólidas, compactas, firmes; unas piernas de *vedette* de categoría mundial, de primera modelo del *Playboy* o de querida del presidente de los Estados Unidos.

Sobre aquellas piernas había unas caderas sólidas, grandes y balanceantes, moldeadas por una falda quizá demasiado estrecha.

Había unas caderas capaces de tumbar a un hombre de un solo golpe, y más arriba una cintura tan estrecha que parecía poder romperse con una sola mano.

Pero no todo terminaba allí.

Sobre el estómago frágil, descansaban unos senos que eran como los parachoques de un tren. Resultaba difícil imaginar dos cosas más duras, más erguidas, más sabiamente distribuidas, más mareantes y más aptas para colgarse uno de ellas cada vez que tiene miedo de caerse en el autobús.

Total, que el cuerpo era de fulana de a mil dólares la noche, aparte la voluntad.

Pero la cara causaba una sorpresa. Porque la cara era la de una chica seria, eficiente, culta, una cara de universitaria empollona; la cara de una de esas chicas a las que uno no sabe si morderlas o pedirles la dirección de una biblioteca.

Sobre su nariz, pequeña y firme, cabalgaban unas gafas.

No se pintaba.

Y vestía sobriamente, como si acabara de salir de algo así como

un centro de estudios históricos.

Un empleado de la Morgue, tipo poético donde los haya, dijo:

—A ti sí que te haría la autopsia, nena. Pero en vez de emplear el bisturí, emplearía la lengua.

Ella ni se inmutó.

Parecía no afectarle la vulgaridad, no afectarle la basura de Nueva York entre la cual vivía.

Poco a poco, avanzó sobre sus altísimos tacones hacia la mesa de mármol. La sábana cubría el cuerpo, del que solamente se veía un pie con el fatídico cartelito de identificación sujeto al pulgar. Y en el cartelito el nombre.

El sargento Muller, susurró:

—Lamento haberla molestado, señorita Patty.

—No se preocupe. Es mi deber.

—Queremos que nos diga si reconoce a este hombre.

—Lo intentaré.

—Entonces mírelo bien, señorita Patty.

La sábana fue alzada hasta medio cuerpo. Ella tuvo que parpadear al ver los destrozos terribles que había producido el impacto. El sargento musitó:

—¿Sí?

—Sí, señor Muller.

La sábana fue bajada otra vez. El agente que estaba de servicio en la Morgue, empezó a apuntar.

—Diga el nombre de esa persona, si, en efecto, la conoce —pidió.

—Se llamaba John Burbank.

—¿De qué le conocía usted?

—Primero quiero saber por qué lo han relacionado conmigo —musitó Patty.

—No hay inconveniente en que lo sepa —dijo el sargento—. Llevaba entre sus documentos una sola tarjeta comercial, y esa tarjeta era la del negocio editorial de usted, con el número del teléfono subrayado.

—En efecto, vino a traerme parte de una novela —suspiró Patty mientras desviaba la mirada—. Por eso lo conocía. Me llamó para decirme que llegaría hacia las once, pero nunca se presentó.

—Tuvo sus buenos motivos, el pobre muchacho —dijo Muller—.

Sufrió, antes, un accidente de tráfico y quedó seco, aunque todavía hay muchas cosas oscuras, aquí. Por ejemplo, no se entiende bien que, estando el despacho de usted en la Cuarta Avenida, él pasara por una zona cercana a Hoboken. Pero éste es un asunto que de momento no le interesa, Patty. ¡Ah...! Hay cosas que no entiendo.

—¿Qué?

—Ese joven trabajaba como auxiliar en un manicomio. No es un cargo de los mejores que hay en el país, precisamente. No, claro que no lo es. Hemos examinado su ficha y tenía un coeficiente mental más bien tirando a mediocre. ¿Cómo podía ser, pues, el autor de una novela?

—Eso nada tiene que ver —dijo Patty fríamente—. En un libro intervienen muchos factores: imaginación, sensibilidad, gracia escribiendo... Ni todos los sabios son novelistas ni todos los novelistas son sabios. Además se trataba de un relato de aventuras, sin demasiadas pretensiones.

—¿De verdad era él el autor?

—¿Y por qué tengo que pensar lo contrario? —dijo Patty.

—Entonces, ¿dónde está la novela?

—¿Qué...?

—No la hemos encontrado —dijo el sargento—. Si había acordado con usted que se la traería, tenía que llevarla consigo.

Patty pestañeó, confusa. —Quizá la perdió— dijo.

—Sí, es posible... Oiga, ¿sabía usted que ese muchacho era aficionado a las apuestas? Todo su tiempo libre lo pasaba en las carreras de caballos, lo cual nos hace pensar que de dónde demonios sacaba las horas para escribir. En las apuestas había perdido últimamente, y eso le hizo caer en manos de un prestamista llamado Druryson, un verdadero hijo de mala madre, un tío que salió del huevo de una serpiente después de que un cocodrilo contribuyera con su paternidad.

El lenguaje no era lo que se dice muy fino, pero Patty lo entendió a la perfección. Dijo, con voz helada:

—Entonces está clarísimo: no se trata de un accidente, sino que son esos hombres quienes lo han matado. ¿Pagaba la deuda Burbank?

—Suponemos que no.

—Pues ya tiene la pista, ¿a qué esperan?

El sargento arrugó el ceño.

—Agradecemos su interés en darnos lecciones, señorita Patty, pero ya nos hemos movido en esa dirección, y todos los tiburones de Druryson, los que cobran a los morosos, tiene coartada. Además, he de decirle, por si alguna vez se ve metida en un lío así, que el homicidio no entra en sus métodos más que en un caso extremo, porque es seguro que no cobran. A los deudores primerizos se les rompe primero un dedo de la mano izquierda, luego dos, y por fin, todos. Si aún no aflojan la mosca, se les da una paliza que los lleva al hospital, pero Druryson solamente mata a los que le plantan cara, a sus rivales en el negocio. Y aun así, nunca le hemos podido probar ni una infracción de tráfico.

Patty también arrugó el ceño. Su rostro limpio y terso se llenó de extrañas arruguitas, en un segundo.

—No es asunto mío, sargento —dijo—. Yo ya he hecho la identificación. De todos modos les... les ruego que me tengan informada.

—¿Por qué?

—Es una cosa puramente personal. Me inspiraba simpatía ese chico.

Todos los que estaban en aquella sala de la Morgue pensaron automáticamente:

«Cabrón. Y a lo mejor se ha divertido con ella».

En este momento hasta tenían envidia del muerto, que ya es decir.

Pero algo en la expresión helada de la chica les indicó que Patty no se divertía con nadie.

La vieron dar la vuelta sobre sus altísimos tacones.

Vieron los relieves potentes de sus caderas.

Pensaron todo lo que en esos casos se tiene que pensar. Porque el tratar continuamente con mujeres muertas, no había hecho que todos aquellos tíos se aburrieran de las mujeres vivas.

El sargento musitó:

—La tendremos informada, Patty.

—Bien.

—Deme su domicilio particular, su teléfono privado, sus horas de acostarse, sus...

—¿Quiere que le dé, también mis medidas? —dijo ella sin

volverse—. No hace falta —musitó el sargento.

—¿No?

—Su busto tiene un metro dos de perímetro.

—¿Sí?

—Y de caderas ha de tener, por lo menos, un metro dieciocho.

Patty dijo con voz opaca:

—¡Qué vista...! Acertó.

Y salió de allí con la indiferencia de una verdadera estatua. Atrás quedaba el silencio de la Morgue, atrás quedaba la muerte. Fue a la playa de estacionamiento y subió a su pequeño «Ford Federal» color burdeos, haciendo una exhibición de sus medias color miel mientras se subía la falda.

A poca velocidad, dado el intenso tráfico de aquella hora, se dirigió por la 42 hasta la Cuarta Avenida. Estaba tan ensimismada, que ni por un momento se dio cuenta de que otro coche, con varios hombres dentro, la venía siguiendo.

Cuando el «Ford Federal» se introdujo en el aparcamiento del edificio de oficinas, el otro coche pasó de largo.

Pero los hombres que iban dentro ya habían hecho la comprobación que les interesaba. Uno de ellos murmuró:

—Seguro. Es ésa.

Y otro murmuró:

—Ahora hay que llevar cuanto antes las páginas de la novela al jefe, pero dando un rodeo para que nadie note que vamos hacia allí. Ha dicho que esta misma tarde, y sea como sea, necesita leerla.

CAPÍTULO III

Primera parte de la novela de John Burbank.

Ésta es una investigación rutinaria, Clive —dijo el capitán Connally, mientras tiraba hacia atrás el timón del aparato, al comprobar de reojo que éste había adquirido, sobre la pista, la velocidad deseada—. No sé para que le han traído aquí. ¿A qué se debe su presencia en la sección de narcóticos?

—Les molestaba en servicios especiales —dijo Clive, suavemente—. Soy lo que la gente llama un indisciplinado.

—Pero aquí descubrirá pocas cosas. Sólo el horror de la guerra. El horror de la guerra, que está presente en todos los rincones del Vietnam.

El pesado aparato se elevó majestuosamente.

Los motores a reacción del

B-52

rugían a baja altura aún sobre la selva thailandesa. Desde las bases norteamericanas situadas en un país aparentemente neutral, se atacaban las instalaciones del Vietnam del Norte. Y Clive iba en uno de esos vuelos.

Cerró los ojos, un momento, mientras una mueca de contrariedad se reflejaba en su rostro.

Con todas sus fuerzas se había resistido a participar en aquello. Pero no le quedaba más remedio que hacerlo porque tenía que familiarizarse con los pilotos de los gigantescos bombarderos y llegar a conocerlos bien. Ellos formaban parte esencial de su misión.

Porque por bases de los

B-52

pasaban los hilos de la red que tenía que destruir.

El capitán Connally suspiró:

—¿Se siente molesto? —preguntó con voz opaca.

—No, estoy muy a gusto, la verdad.

—No le gusta la guerra...

—No me gusta la guerra que se hace desde el aire.

—No se preocupe; esta vez no vamos a bombardear ninguna ciudad. Es una simple batida de precaución. Destruimos varios pasos montañosos, donde probablemente no hay nadie. Mañana, los servicios de aprovisionamiento del Vietcong no podrán pasar por ahí.

—Bueno, eso es distinto —musitó Clive.

—Y si hay alguien, se ocultará en seguida. No tema, a esos tipos no hay quien los alcance; no verá sangre y menos, a esta altura.

El

B-52

había alcanzado ya los cinco mil metros con una rapidez sorprendente, Connally lanzó una carcajada.

—¿A qué han venido a Vietnam, Clive? A mí puede decírmelo. Yo soy su enlace.

—Corrupción y...

—Ése es un término muy vago.

—Ponga ahí lo que quiera: Drogas, trata de blancas, tráfico ilegal de divisas. Lo que más le guste.

—Dirá lo que menos me guste. ¿Pero tantas cosas ocurren hoy en el Vietnam? Yo no veo más que la guerra.

Clive encendió un cigarrillo mientras el avión seguía ganando altura.

Volaban en un grupo de tres porque, para la acción puramente preventiva que iban a realizar no eran necesarios más aparatos.

—Esta guerra es un negocio para mucha gente —

susurró Clive—. No sólo para los fabricantes de armas, norteamericanos, y para los proveedores de equipo militar, sino también para los traficantes de drogas, los tratantes de blancas y hasta para los agentes de compraventa de secretos estratégicos. En este país hay, ahora, más de medio millón de soldados extranjeros que, fuera de los combates, sólo aspiran a una cosa: Vivir. Se vive de muchas maneras, pero los soldados sólo conocen una forma de resarcirse de las durezas del combate. Y una verdadera industria macabra ha sido montada sobre esto. Aquí se pueden encontrar desde muchachas blancas que han sido raptadas de Sudamérica, Filipinas y Australia, hasta fumaderos de opio y polvos de la felicidad, formados por las drogas más dañinas que existen. Quizá sea ésta la razón de que el FBI se haya decidido a intervenir de una vez.

Connally encendió un cigarrillo, también.

—Mal asunto.

—¿Por qué?

—Tardará en desenredar la madeja. Nadie le informará de nada, créame. Y además, no hará amistad con nadie. Aquí, los hombres son sustituidos con facilidad; se van y vienen.

No hay tiempo para interrogatorios ni para conocerlos.

—Ya lo supongo, pero lo intentaré.

—Y tampoco, naturalmente, descubrirá nada a bordo de los Éste es tiempo perdido

B-52.

—Cierto, pero necesitaba conocer su modo de vida y sus costumbres. Sé que, parte de la mercancía, viene en aviones de esta clase.

Connally hizo un gesto dubitativo.

—No lo creo. Hoy pierde el tiempo, amigo...,

bueno, ya estamos sobre el objetivo.

—¿Tan pronto?

—Ya le he dicho que era una misión rutinaria sobre la frontera. ¿Ve aquel paso montañoso?

—Perfectamente.

—Pues es allí. Hay que destruirlo.

Connally dio una orden por radio.

—Jefe de escuadrilla a quinientos dos: Descienda sobre el objetivo.

El avión que iba a la izquierda se ladeó ligeramente, iniciando el descenso.

Connally dio una nueva orden.

—Jefe de escuadrilla a quinientos tres: ¡Sígale, muchacho!

Ahora descendió el pesado aparato de la derecha.

—Por fin nosotros. Vamos allá.

El primer aparato, o sea, el quinientos dos, se situó sobre el objetivo a una altura inferior a los otros. Desde allí descargó su terrible paquete de bombas. El aparato se alzó casi verticalmente ante la brusca disminución de peso.

Abajo, la tierra se convirtió en un infierno. Masas enormes de las rocas del desfiladero saltaron por los aires. En cuestión de segundos, todo el paisaje cambió.

Clive parpadeó. Sus ojos sufrieron luego una sacudida.

Era como si hubiese prestado una gran atención y se viera, de pronto, sacudido por la sorpresa.

Connally masculló:

—¿Qué le pasa?

—Nada...

—Pues allí va el otro.

El quinientos tres se preparaba. Había llegado ya sobre la zona del objetivo.

Descargó, y esta vez Clive Murdock ni hizo ningún gesto.

—Ahora, nosotros —dijo Connally.

El aparato descendió sordamente. Aquello no era más que un ejercicio sin peligro para Connally. Éste

dio orden al oficial de bombardeo:

—¿Listo el objetivo?

—Listo, señor.

—Lance.

—Lanzado, señor.

En realidad, la confirmación era innecesaria. El aparato se había elevado bruscamente, como si lo empujase la honda expansiva. Pero, en realidad era el brusco cambio de peso lo que parece lanzarlo al espacio, así.

Luego, el avión ganó altura.

Todo se había desarrollado perfectamente. Connally estaba satisfecho.

—Pero no habrá averiguado usted nada, Murdock —dijo sin mirarle.

—¿Quién sabe? ¿Funcionan automáticamente las máquinas fotográficas al lanzar las bombas?

—Siempre. Y así se puede hacer una minuciosa comprobación de los resultados.

Ponemos un cuidado especial en que no haya un fallo.

—De acuerdo —dijo Clive—. Ya es algo.

Y cerró un momento los ojos. Pero Connally hubiese jurado que lo hacía para que él no pudiese ver su expresión de salvaje.

Una expresión que no escondió.

Los pesados

B-52

que despeaban en Thailandia, solían aterrizar en Da Nang o en Saigón. En opinión de muchos técnicos, aquello significaba un derroche inútil de combustible; en opinión de otros, el regreso equivalía a un viaje de observación que podía tener un enorme interés militar.

Los tres bombarderos de la escuadrilla en que Clive Murdock había hecho aquel viaje, aterrizaron en Saigón.

El aeropuerto estaba convertido en una auténtica fortaleza, por todas partes patrullaban jeeps con grupos de seguridad, y en los puntos más recónditos e

insospechados, acechaban centinelas con el fusil ametrallador a punto. Clive observó que casi todos los surviednamitas habían sido eliminados de aquellas misiones de vigilancia, porque muchas veces los miembros del Vietcong usaban sus uniformes y no había modo de distinguirlos.

Los miembros de los equipos de bombardeo fueron a informar, mientras los aviones eran repasados.

Las primeras sombras de la noche flotaban sobre el aeropuerto. Todo estaba envuelto en una neblina suave y gris, que difuminaba los objetivos y hacía que los hombres parecieran fantasmas.

Clive se dirigió hacia el aparato 502 que era el que había lanzado las bombas en primer lugar.

Su rostro no tenía expresión; sus ojos eran como los de una máscara metálica.

El aparato estaba algo aislado de los otros. Entre él y su compañero más próximo había unos doscientos metros.

El equipo de tierra ya estaba trabajando en él. Cuatro hombres subían por la escalerilla hasta la panza gigante.

Eran americanos y llevaban monos blancos. Todos tenían el mismo aspecto, como si fueran hermanos de leche.

Clive se dirigió al que tenía más próximo.

—Quiero que me entreguen las máquinas fotográficas —pidió.

El otro le miró con recelo y con cierta expresión de desafío en sus ojillos grises.

—¿Para qué?

—He de examinar las placas que han sido tomadas durante el bombardeo. Y las revelaré yo mismo.

—¿Por qué ha de hacer eso? ¿Quién es usted?

Clive mostró una tarjeta de identidad especial, firmada por el propio general Westmorerland, comandante en jefe de toda la zona del Sudeste Asiático. Aquella tarjeta autorizaba a Clive Murdock a tener acceso a cualquier dependencia militar y a conocer cualquier clase de informaciones, incluso las

que fuesen consideradas como de alto secreto.

Ninguna excepción se podía hacer a esta facultad.

El hombre de los ojillos grises examinó la tarjeta y luego la devolvió a Clive.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué es lo que siente?

—Las máquinas se han estropeado. Lo ha dicho el comandante al bajar.

—¿Todas las máquinas?

—Todas.

—¿Cómo es posible?

—No funcionó el dispositivo automático.

—¿Lo han repasado ya?

—Vamos a hacerlo.

—¿Y las cajas con las películas? ¿Dónde están?

—El comandante se las ha llevado. Pero no valen nada porque no están filmadas.

—¡Ah, ya...! —Clive, de pronto, examinó la escalerilla—. Quiero ver el automático yo mismo.

—¿Es que desconfía?

—No he dicho eso. Sólo quiero verlo.

—Muy bien, suba.

Clive Murdock empezó a trepar por la escalerilla que había de llevarle al vientre del aparato.

De repente sintió un terrible dolor tras la rodilla derecha, y sus piernas cedieron. Quedó materialmente colgado de la escalerilla, sujetándose sólo con las manos.

En una de éstas recibió, también, un terrible golpe. El mecánico con el que acababa de hablar empleaba una llave inglesa pesada. Clive emitió un gruñido mientras, dominado por la sorpresa, todos sus músculos cedían y su cuerpo empezaba a desplomarse.

El mecánico dejó caer la llave inglesa. En su lugar apareció un largo y agudo estilete.

La mano se movió con rapidez fulminante. La hoja de acero fue a penetrar por entre las costillas de Clive Murdock, buscando el corazón en línea recta.

Pero no llegó ni a rozar la piel.

El falso mecánico nunca pudo saber cómo había ocurrido aquello. De pronto dos manos sujetaron su antebrazo derecho. Sotó que alguien estiraba de él. Lanzó un gruñido y se encontró dando una vuelta de campana por los aires.

No llegó a caer.

Otra mano pareció surgir de la noche y le golpeó en la parte delantera del cuello. Emitió un ronquido, mientras se contorsionaba en tierra, sobre el macadam de la pista. La puntera derecha de Clive Murdock le golpeó entonces, en la sien.

El falso mecánico ya no se movería más.

La base del cráneo había sido rota.

Aquella implacable máquina de matar que en ocasiones era Clive Murdock se puso en movimiento, rápida y silenciosamente. Sabía que había otros tres hombres, arriba, trajinando en el aparato. Era imposible saber, por el momento, si habían visto u oído algo.

Para averiguarlo era imprescindible subir, y eso fue lo que hizo Clive Murdock. Trepó por la escalerilla y entonces se dio cuenta de que las cosas iban mal.

Alguien lanzó una granada de mano por el hueco, para que cayese abajo. La granada rebotó nada menos que en la mismísima cara de Clive. Éste ahogó un grito al sentirla resbalar por su cara, por su cuello y luego por la parte delantera de su cuerpo, hasta precipitarse al suelo.

Tuvo que tomar una decisión instantánea, de fracciones de segundo, algo que le produjo un especie de calambre.

Voló materialmente por los aires, mientras la granada chocaba con la pista.

Fue a caer a unos cinco metros, con la boca abierta para que no le destrozase por dentro la onda expansiva. Cuando tocó tierra, la granada estallaba, la metralla se dispersó a ras del macadam, pero entre la bomba, y Clive estaba el cuerpo del muerto.

Toda la superficie de éste quedó picoteada de metralla. En cuanto a Clive sólo sintió como una brutal conmoción

interior; nada más.

Extrajo su revólver y se dispuso a subir de nuevo. Pero en aquel instante pareció como si todo el mundo se hubiera vuelto loco de repente.

Las sirenas de alarma aullaron. Los jeeps de vigilancia se pusieron a correr en todas direcciones, disparando contra figuras imaginarias que se movían entre las sombras. Vehículos pesados provistos de ametralladoras de gran calibre, se dirigieron hacia el lugar donde acababa de estallar la bomba.

Todo el mundo creía que acababa de empezar un nuevo ataque del Vietcong, y que las granadas de mortero lloverían por todas partes, de un momento a otro.

Clive fue a correr hacia el aparato.

Y, repentinamente se dio cuenta de algo que le heló la sangre en las venas. ¡La torreta superior donde estaban emplazadas dos ametralladoras, había girado! ¡Las armas le estaban apuntando a él!

Saltó de cabeza hacia el aparato, saliendo de la línea de tiro mientras los cañones ladraban rabiosamente.

Un verdadero alud de balas explosivas cayó sobre la pista; por unos momentos todo crepitó. Clive mismo —pese a saber lo que ocurría— tuvo la sensación de que alguien estaba bombardeando aquello.

Decidió jugárselo todo a una carta. No podía quedarse allí. Y nuevamente saltó hacia las escalerillas.

Era dudoso que sus enemigos llevaran más de una bomba de mano. Y en este caso la habían gastado ya.

Lanzó un pañuelo doblado por el hueco, antes de asomar la cabeza. E inmediatamente una bala, que venía de la parte izquierda, atravesó el pedazo de tela.

Clive sintió una crispación en la garganta.

Introdujo sólo la mano por el hueco y disparó hacia la dirección de donde había partido la bala, procurando que los proyectiles rosearan el suelo del aparato.

Oyó un alarido, y supo que era de verdad. Acababa de alcanzar a su hombre. Entonces subió febrilmente, con el revólver dispuesto y el dedo crispado sobre el gatillo.

Hizo bien.

Otro tipo vestido con mono blanco, venía corriendo ya. Llevaba una «Browning» en su mano derecha.

Clive le disparó al bajo vientre, haciéndole lanzar un terrible aullido.

Sólo debía quedar un enemigo, pero éste no estaba visible. Era el que se encontraba sin duda, en una de las torretas.

El federal oyó un gruñido a su espalda.

El hombre contra quien había disparado primero, sin verle, no estaba muerto. Había tenido que soltar el revólver al ser alcanzado en el estómago, pero ahora pugnaba por recuperarlo. Lo hubiera conseguido fácilmente de no ser por el dolor que le impedía doblar el cuerpo.

Clive apretó el gatillo de nuevo, y en ese momento su revólver, que no fallaba nunca, se encasquilló.

Lanzó una imprecación.

Su enemigo ya había recuperado el arma. Le miraba con ojos sanguinolentos.

El federal no tenía a su alcance más de una tira larga de balas de ametralladora pesada que sobresalía de una caja metálica. La alzó con un brutal movimiento y la aplastó contra la cabeza de su enemigo antes de que éste disparara. Fue un brutal, un terrible impacto de plomo.

La cabeza de su adversario quedó partida en dos.

Al diablo...

Clive iba a subir al piso superior del aparato, donde estaba la torreta que le interesaba, cuando de pronto tuvo otro brutal estremecimiento. ¡El aparato estaba siendo acribillado a balazos!

Aquello resultaba incomprensible.

¿Quién podía atacarles? ¿Acaso los del Vietcong, que parecían estar en todas partes, aprovechaban la ocasión?

Corrió hasta el puesto de pilotaje y miró a través de los cristales.

No, no eran los del Vietcong.

Uno de los camiones pesados, provistos de ametralladoras, se había colocado delante del aparato y lo

acribillaba materialmente. Las alas ya empezaban a incendiarse. Las balas penetraban por todas partes, con ronco aullido.

Unos breves segundos bastaron a Clive para darse cuenta de la situación.

Los que ahora estaban ametrallando el aparato eran cómplices de los que se encontraban dentro. Y, sencillamente, no querían dejar a nadie vivo. No querían que nadie hablase.

Naturalmente, tampoco Clive debía quedar vivo. El había de ser, por descontado, la víctima principal de aquellos tipos.

¡Y no tenía medio de escabullirse!

¡En cuanto tratara de descender por la escalerilla, le acribillarían! ¡Ya debían estar apuntando hacia allí!

No le quedaba más que una solución, y era atacar a su vez: Tenía que llegar a la torreta superior, desde la que le tirotearon antes.

Las llamas cundían ya por todas partes. Y el avión aún debía estar repleto de gasolina y de explosivos. En cuanto algo estallase, aquello iba a convertirse en una bola de fuego.

Pero Clive Murdock no lo pensó dos veces. Había tomado ya una decisión. Cuando él volara, haría que volase todo.

Se dirigió hacia la torreta de las ametralladoras como el que se dirige hacia el infierno.

CAPÍTULO IV

El hombre dejó de leer.

Usaba gafas para las cortas distancias, y ahora los cristales se habían vuelto turbios y grises. Pero realmente lo que se había vuelto turbio y gris eran los ojos que estaban detrás. Quizá nunca el hombre que tenía las cuartillas entre los dedos se había visto sometido a una emoción tan violenta.

Y no era que en su vida hubiesen faltado emociones.

Todo lo contrario.

Pero lo que acababa de leer le producía el efecto de una pistola apuntándole a la cabeza. Incluso, por un momento, había quedado sin respiración mientras leía agitadamente.

Se puso en pie.

Era alto y había sido fuerte en otro tiempo, pero ahora su cuerpo presentaba un espectáculo de flojedad y grasa. Estaba fofo.

Mirando en torno suyo como si pensara que iba a encontrar un enemigo en cada rincón, anduvo por el despacho.

Un verdadero lujo asiático se había concentrado allí. Un lujo que llegaba desde el fondo de las ciudades olvidadas de Malasia, de los templos perdidos de Kuala Lumpur, de los museos vietnamitas, de los talleres artesanales de Cantón, de las más rigurosas orfebrerías de Tokio. Todo lo que se encontraba en aquel despacho hubiese puesto pálido de envidia a un coleccionista millonario, pero el hombre que poseía todo aquello no le daba importancia ahora. Pensaba en otra cosa.

Se detuvo unos instantes, sin embargo, ante la joya quizá más preciada de su colección, y la admiró. Era una serpiente pegada a la pared, pero una serpiente disecada sobre cuya piel natural habían sido engarzados brillantes, cuya cabeza estaba llena de perlas y cuya cola terminaba en un remate de oro. Aquel bicho que llevaba docenas de años muerto producía una especial fascinación y un

especial asco, como lo que puede producir un anillo puesto en la mano de un esqueleto.

El hombre dejó de mirarla. Sus ojos estaban más turbios cada vez. Con mano impaciente, hizo sonar una campanilla de oro puro.

Dos hombres entraron.

Eran dos auténticas torres humanas.

Procedentes de los comandos especiales de Vietnam, llevaban ya bastantes años en los Estados Unidos, después de liquidada la sangrienta guerra. Pero habían sabido conservar toda su peligrosidad, todo su entrenamiento y toda su fuerza.

Sólo uno de ellos habló.

—¿Qué desea, jefe?

Había en aquellos hombres una sumisión especial como si viviera todavía en otro tiempo, cuando las órdenes recibidas eran sagradas siempre.

—Vais a congelar de momento mis contactos con Druryson —dijo—. Al fin y al cabo es un tipejo que me proporciona beneficios, pero no quiero que en este momento me relacionen con él. Cualquier cuenta bancaria que tenga algo que ver con sus negocios de apuestas debe ser cancelada.

—Desde luego, jefe.

—Hacedle saber a Druryson, sin embargo, que esto es una simple medida de precaución y que no significa nada contra él. Al contrario, estoy muy satisfecho de la penetración que demostraron sus hombres al leerme por teléfono unos párrafos de algo que parecía no tener importancia, pero que la tuvo en grado extraordinario. La orden de que debo conocer cualquier cosa que se halle en poder de los clientes difíciles, la cumplieron muy bien. Todos ellos tendrán una adecuada recompensa económica.

—Bien, jefe.

El hombre de las gafas paseó una mano por la piel de la serpiente disecada y añadió en voz baja:

—Hay un hecho en el cual quiero que penséis. Necesitó que vuestra memoria me diga si la mía no me engaña.

—¿En qué?

—Un día de febrero en el aeropuerto militar de Saigón. Un ataque del Vietcong que no era, realmente, un ataque del Vietcong. Estábamos ya en el último año de la guerra. Un avión ametrallado y

un avión que ametralla todo lo que tiene delante. Una considerable cantidad de muertos. Explicación oficial: una falsa alarma.

Uno de los gigantes musitó:

—Claro que lo recuerdo. Yo estaba allí. Y murieron aquel día bastantes de nuestros mejores hombres, jefe.

—Lo sé.

—Su memoria no le ha engañado.

—La vuestra tampoco. Pero quiero algo más. Quiero que recordéis de quién se habló entonces medio en secreto. Quién era el agente federal que se introdujo en el Ejército para tratar de descubrir toda nuestra organización. Era un nombre fácil de recordar, pero necesito saber si estoy equivocado o no.

Uno de los sicarios dijo en voz baja:

—Jamás volvió a hablarse de aquel tipo, jefe. Y la verdad es que no fuimos denunciados ni se hizo nada contra nosotros, lo cual indica que fracasó porque no tenía pruebas. No consiguió nada.

—Lo sé. ¿Pero cuál era su nombre?

—Clive Murdock.

Los dos lo habían pronunciado a la vez, señal de que lo recordaban perfectamente. El hombre de las gafas tuvo una leve crispación.

No estaba equivocado, pero hubiese preferido estarlo.

—Quiero que averigüéis el actual paradero de ese hombre —dijo—. Lo necesito. Quiero saber si está vivo o muerto, si lo tienen en Estados Unidos o lo han enviado a otro continente. Todo es importante. ¡Todo! Y necesito esa información... ¡enseguida!

El tono ansioso y exigente indicaba un nerviosismo que los dos gorilas no estaban acostumbrados a ver, pero no se inmutaron. Por el contrario, uno de ellos dijo:

—Creo que le podré dar buenas noticias, jefe.

—¿Buenas? ¿En qué sentido?

—No estoy muy seguro, y por eso no quiero hablar ahora. Pero casi juraría que sí. Yo he visto el nombre de Clive Murdock en algún sitio. Déjeme comprobarlo.

Y dio media vuelta.

Salió de allí como un obsesionado, junto con su compañero, mientras balbucía en voz baja:

—Clive Murdock...

CAPÍTULO V

El cementerio estaba en una hondonada, yendo hacia el condado de Meadow.

Había cerca unas cuantas fábricas que sin duda marchaban al garete, porque los dueños no se habían preocupado ni de reponer los cristales rotos.

Había también unos cuantos árboles muertos de asco, de aburrimiento y de sed.

Pero para los dos hombres no existía nada de eso. Solamente tenían ojos para mirar aquella lápida y el nombre que figuraba en ella:

CLIVE MURDOCK

Era una lápida barata, una lápida de tercera clase, de esas que paga la empresa al empleado fiel que la ha diñado en accidente de trabajo debajo de una caldera. Estaba descuidada, crecían las hierbas en torno suyo y llevaba, por lo menos, tres años sin que nadie hubiera sentido puñetera necesidad de verla. Si es verdad que no hay nada después de la muerte, si es verdad que no hay más que olvido y niebla, aquella lápida podía ser una palpable demostración de eso.

Los dos gorilas permanecieron largos minutos allí.

Con las manos en los bolsillos de las gabardinas donde llevaban sus pistolas, parecían dos torres humanas.

No estaban rezando, desde luego.

No estaban tristes tampoco.

Al contrario, estaban muy satisfechos de su acierto, muy contentos de que su memoria no les hubiese engañado.

—Sabía que lo había visto aquí —murmuró uno de ellos—. Fue un día al pasar por casualidad, pero el nombre no lo he olvidado.

—De modo que lleva unos tres años muerto...

—¡Qué pena! ¿Verdad?

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué, vas a hacer? ¿Rezar?

El interpelado sonrió.

—Voy a orinar —dijo.

Y se dispuso a hacer lo que decía, deseoso de demostrar así su gran aprecio por el difunto. Pero en ese momento, una voz helada llegó desde el otro lado de un pequeño seto:

—¿Por qué te molestas? ¿Quieres que te ayude yo?

Los dos se volvieron al mismo tiempo.

Y sus ojos alucinados no parecieron creer lo que estaban viendo.

Porque el tipo estaba allí.

Tan enorme como ellos.

Cuadrado. Atlético. Con pinta de haber ganado un campeonato mundial en un *ring*. Y con cara de poder ahogar a cualquiera en su propia mala leche.

Uno de los sicarios balbució:

—Clive Murdock...

No podían creerlo.

Sus ojos estaban desencajados.

Los músculos se les habían paralizado. Daba la sensación de que los nervios se les habían roto.

Durante cinco o seis interminables segundos fueron incapaces de reaccionar.

Quizá a un espectador imparcial le hubiese parecido poco tiempo.

Pero cinco o seis segundos eran una eternidad para un hombre como Clive Murdock.

Le bastaban y sobraban para fabricar cinco o seis muertos.

Por eso sonreía con expresión helada.

Por eso su mano derecha estaba también en el bolsillo de la gabardina, donde se marcaba el bulto poderoso del «Magnum».

Apenas necesitó moverse.

Fue como una máquina engrasada y que funciona a la perfección. El cañón brotó mientras los dos sicarios se daban cuenta de que iban a morir.

Intentaron reaccionar.

De pronto, sus nervios vibraron.

Pero ya era demasiado tarde.

Cuando sacaban sus armas, el «Magnum» tronó a poca distancia. Hizo temblar los pocos cristales enteros que quedaban en las fábricas.

Y se oyó un doble aullido.

Los sicarios habían sido alcanzados de lleno. Se estremecieron, mientras sus músculos y sus cerebros, sin embargo, seguían funcionando.

Eran hombres educados para la acción, de los que no fallan nunca. Alcanzados mortalmente como estaban, aún se movieron y alzaron sus manos para acribillar al enemigo que tenían delante.

Clive Murdock, en cambio, no se había movido.

La helada sonrisa seguía flotando en su boca.

Disparó de nuevo.

Las balas del «Magnum» eran como proyectiles de un acorazado. Dejaron espantosos huecos en la carne de los dos hombres.

Incluso una de las gabardinas empezó a arder.

Poco a poco, mirándole aún con expresión extraviada, como si murieran sin creerlo, los dos hombres se desplomaron junto a la lápida.

CAPÍTULO VI

Segunda parte de la novela de John Burbank.

La decisión ya estaba tomada, pero había que pasar a la acción en sólo unos segundos. La más leve vacilación podía originar una catástrofe.

Todo el aeropuerto de Saigón parecía haberse convertido en un campo de batalla. Dos aviones ardían ya cerca de allí.

El ruido era espantoso.

La gente corría enloquecida por todas partes.

Pero sólo un hombre parecía conservar la serernidad. Un hombre que sabía punto por punto lo que tenía que hacer.

Clive hizo correr el cilindro de su revólver mientras lo cargaba de nuevo, confiando en que ahora no se encasquillaría.

Obraba metódicamente, sin nervios, pero también sin perder un instante.

Oyó pasos en el piso superior y alguien descendió por la escalerilla interior del aparato. El tipo del mono blanco se quedó petrificado al ver allí a Clive. Debía pensar que ya estaba muerto.

El federal mascullo:

—Lo siento, muchacho. El muerto vas a serlo tú.

Disparó apenas medio segundo antes que el otro, que llevaba una «Parabellum» en la mano derecha. La bala se incrustó en el corazón de su enemigo, que dio un brinco hacia atrás. Clive no se entretuvo en verle caer, ni se preocupó más de él. Sabía que estaba muerto.

Subió a toda velocidad por las escalerillas, llegando

hasta la tórrela desde donde le dispararon antes.

Las ametralladoras estaban cargadas con balas explosivas. Las hizo girar.

Los del camión estaban deshaciendo el aparato, sabiendo que mataban a sus propios compañeros, pero sin imaginar que pudiera haber para sí mismos el menor peligro. Se habían detenido a unos cincuenta metros. Ni siquiera miraban la tórrela superior.

Clive, en cambio, los miró atentamente.

«Bueno, chicos —pensó—, al cielo». Todos eran yanquis. Había cinco.

La primera ráfaga les alcanzó de lleno. Las balas hicieron su siniestro trabajo en menos de cinco segundos. El camión estalló como si fuera una inmensa granada, lanzando por los aires los cuerpos de sus ocupantes.

Pero, ahora con el avión, iba a ocurrir otro tanto.

El fuego ya lo estaba devorando materialmente.

En cuanto llegase a los tanques de gasolina, no iban a encontrar de Clive Murdock ni siquiera la placa de federal, para guardarla en un museo.

El único elemento favorable era que ahora tenía paso libre. De modo que corrió hacia las escalerillas que podían llevarle a tierra.

El calor en torno suyo era abrasador.

Aquel gigantesco aparato valorado en más de cien millones de dólares, ardía como una pavesa.

Llegó a las escalerillas pero no las empleó, para ganar unos segundos; simplemente se dejó caer por el hueco, cayendo a tierra. Flexionó las rodillas al tomar contacto con el suelo y echó a correr a toda velocidad, sin importarle adonde, buscando tan sólo alejarse del infernal aparato.

De pronto la onda expansiva le arrojó por los aires.

Notó que daba una vuelta de campana y que se desplomaba de espaldas sobre la pista siendo empujado sobre ésta como si le impulsara la fuerza de un huracán.

El cielo negro se había vuelto de color rojo.

Todo el aparato era ahora una inmensa hoguera contra

la que carros extintores y helicópteros arrojaban montañas de espuma carbónica, no para ya salvar el avión —cosa imposible— sino para que el fuego no se extendiera a los otros.

Nadie se fijaba en Clive, nadie le había visto saltar.

El joven se golpeó las ropas parcialmente chamuscadas, se palpó los miembros y le pareció no tener ningún hueso roto. Todo le dolía horriblemente, como si le hubieran dado una paliza con la cadena de una bicicleta, pero notó que podía caminar.

Fue hacia la torre de mando.

Desde ésta ya debían haber visto que no se trataba de un ataque del Vietcong, pues todo el problema estaba localizado en un sector del aeropuerto, y había resultado destruido un solo aparato. Por eso todos los esfuerzos aflúan ahora hacia un mismo lugar.

Al entrar en el vestíbulo del edificio, Clive encontró a Connally que salía agitadamente.

—Pero... ¡Por todos los infiernos! —bramó el capitán—. ¿Qué es lo que pasa allí abajo?

—Ya ve, nada. Fuegos artificiales. Es bonito, ¿eh?

Y el federal fue a seguir, pero el otro le detuvo por un brazo.

—Oiga, amigo.

—¿Qué hay, Connally?

—Eso lo ha hecho usted.

—De acuerdo, pero lo he hecho con la valiosa colaboración de una serie de compatriotas nuestros cuyos nombres me gustaría averiguar. Y ahora no me haga perder tiempo.

—Un momento. ¿Adónde va?

—Quiero ver el equipo 502.

—Están informando.

—¿Y las cámaras? ¿Dónde están las películas de las cámaras fotográficas?

—Dijeron que el automático se había estropeado. Que nada funcionó. Y los mecánicos iban ahora a

comprobarlo.

—Los mecánicos eran cómplices suyos. Y los miembros de uno de los vehículos de vigilancia también. Mire, Connally, la red es mucho más importante y amplia de lo que yo había creído. Y si no la ataco ahora, no la descubriré jamás. ¿Me ha entendido, Connally?

¡Jamás!

El capitán le miró con ojos llameantes.

Era joven y fuerte, casi tan fuerte como Clive. Pero seguramente no hubiera podido resistir la primera andanada de un luchador experimentado como éste.

De modo que retiró poco a poco el brazo que le retenía.

En aquel momento alguien más apareció en escena. El capitán Connally adoptó una posición respetuosa al darse cuenta de que era un general el que venía hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó el recién venido.

Clive le miró con insolencia, extrayendo su tarjeta.

—Necesito hacer una investigación —masculó.

—¿Tiene algo que ver con lo que ha ocurrido allí abajo?

—Luego hablaremos de eso. Ahora acompáñeme al lugar donde los pilotos están informando, general.

Éste miró a Connally como si le pidiera consejo, puesto que Connally debía estar enterado de la cuestión mucho más que él. El capitán movió la cabeza afirmativamente y al mismo tiempo hizo un gesto de resignación.

—Este tipo nos traerá complicaciones, general. Yo creo que lo han echado de Washington por eso. ¡Y nos lo han traído nada menos que aquí! Pero por el momento no tenemos más remedio que hacer lo que dice. Acompáñele, por favor, si no tiene inconveniente. Yo carezco de autoridad para interrumpir la conferencia.

—Bien. Vamos allá.

El general precedió a Clive hacia una sala cercana,

cuya puerta abrió de repente.

Todo el mundo volvió la cabeza, poniéndose en pie.

—¿Con qué tripulantes desea hablar? —preguntó el general.

—Con los del 502.

—¡A ver! ¡Los del 502! ¡Acérquense!

Siete hombres abandonaron sus asientos y se dirigieron a la puerta de mala gana. Clive Murdock se preguntó si los siete serían culpables. Pero al menos un par de ellos, los encargados del bombardeo lo eran. Y también el fotógrafo.

Éste llevaba aún las cajas metálicas que contenían la película. Clive hizo un ademán, exigiéndolas.

—No sirven para nada —dijo el otro—. Los sistemas automáticos no funcionaron.

—Quiero comprobarlo.

—¿Para qué?

—Deme eso y no haga preguntas.

El otro miró al general. Vio en los ojos de éste una expresión dura. Lentamente puso en manos de Clive las cajas metálicas.

Clive Murdock se volvió hacia el general.

—Es necesario que estos hombres sean custodiados —pidió.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

—Me doy cuenta de que estoy detrás del asunto más sucio que he tocado en mi vida.

—¿Bajo qué acusación he de encerrarlos? ¿Cree que esta tarjeta del general Westmoreland le autoriza a...?

—Bajo la acusación de asesinato —le interrumpió Clive.

—¿Cómo?

El federal golpeó las cajas metálicas.

—Sí. Y muy pronto le daré pruebas —dijo Clive secamente.

El general hizo una rápida señal a una patrulla de la

policía militar que montaba guardia en las inmediaciones. Los aviadores fueron inmediatamente desarmados, pues aún llevaban sus pistolas reglamentarias, y conducidos a su encierro.

Clive volvió a salir al vestíbulo.

Necesitaba ahora de nuevo la ayuda de Connally, y tuvo la suerte de encontrarlo. Connally merodeaba por allí cerca, pero tenía una expresión mitad asustadiza mitad fúnebre. Miró a Clive como si éste fuera un loco escapado de su jaula.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer? — musitó.

—Perfectamente.

—Menudo lío ha armado. ¡Esto no se olvidará en Saigón, mientras Saigón exista!

—Pues en este caso va a existir muy poco. Y ahora necesito su ayuda, Connally.

—¿Qué quiere? ¿Incendiar otro avión de cien millones?

—No lo he incendiado yo, pero eso es lo de menos ahora. Necesito un laboratorio fotográfico. Supongo que aquí habrá al menos uno para revelar el material que traen los pilotos.

—Naturalmente que lo hay. Le acompañaré.

Fueron a un departamento anexo donde había más de una docena de habitaciones oscuras. Clive encendió la luz roja, extrajo la cinta y la reveló. Caso de haberse estropeado el automático como los aviadores decían, aquella película tenía que estar virgen, pues los obturadores de las cámaras no se hubiesen abierto. Y en cambio estaba impresionada. Cada vez se convencía más, Clive, de que no había soñado cuando creyó ver aquella cosa espantosa, increíble desde lo alto de su aparato. Estaba sobre el buen camino.

Apenas las imágenes estuvieron fijadas, Clive levantó la película para mirarla al trasluz.

Se veía el desfiladero rocoso antes de ser atacado. El

objetivo se acercaba cada vez más. Y se advertía claramente que el avión iba a sobrevolarlo.

De repente pasaban ante la cámara dos bombas, cayendo hacia el desfiladero.

Otras dos.

Y de pronto algo más.

Algo que hizo rechinar los dientes de Clive, porque aún no podía creer que fuera cierto.

Porque lo que estaba cayendo con las bombas era...

¡El cuerpo de una mujer!

CAPÍTULO VII

El hombre grueso, algo fofo, cuyas gafas tenían un extraño color gris, dejó las cuartillas y plegó la boca en una mueca indefinible. En apariencia estaba tranquilo, pero quienes le conocían sabían que por debajo de su lujosa seda de bata china estaba pasando un volcán.

Pesadamente se levantó y fue hacia la mesa donde había una serie de botellas sobre una bandeja de plata. Jamás en su vida había necesitado un trago tanto como entonces.

Se sirvió una generosa ración de *whisky* y bebió con ansia. Tenía aún el vaso en la mano cuando vio entrar a Marcus, el mejor de sus pistoleros.

Marcus era un extraño tipo, mezcla de asesino y de hombre del gran mundo. Cuando volvió de Vietnam años antes no era más que un gorila, jefe de comandos especiales, a quien sólo le habían enseñado una cosa: matar. Y por sus matanzas de mujeres y niños estuvo envuelto en el proceso del teniente Calley[1], aunque salió absuelto, porque los Estados Unidos están dispuestos a ensuciar un poco su imagen, pero mucho no.

Los años transcurridos en Nueva York, sin embargo, le habían transformado bastante. Ahora era capaz de asistir a una fiesta elegante, sostener una conversación, improvisar unas palabras en un brindis y luego asesinar a un enemigo en una calleja o quemar viva a una chica. Con sus músculos poderosos, con su puntería infalible y con su crueldad sin límites dominaba el hampa de Nueva York como jamás hombre alguno la llegó a dominar, pero eso no le había tentado para trabajar por cuenta propia. Por el contrario, seguía siendo el más fiel esbirro y el más cumplidor del jefe.

Pues bien, ese tipo extraño, mezcla de carnicero y de *gentleman* entró en el lujoso despacho. Como casi siempre hacía, acarició la piel muerta de la serpiente disecada, mientras pensaba en el valor

inmenso de los brillantes que la cubrían. Luego miró al hombre de quien recibía órdenes.

En seguida se dio cuenta de que algo muy grave le estaba ocurriendo.

Las manos del jefe temblaban.

Su boca se había torcido en una mueca que la hacía casi irreconocible.

Ésas eran cosas que antes no le habían sucedido jamás.

Marcus susurró:

—¿Qué pasa, jefe?

—Las cosas se han complicado.

—¿En qué sentido?

—En el sentido más inesperado, como ocurre siempre. Pero hemos de pasar a la acción como sea y antes de que resulte demasiado tarde.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente?

—Siéntate.

Marcus se sentó. Miró con atención al hombre para quien había trabajado en los ya lejanos días de Vietnam, y para el que pensaba trabajar mientras le pagase tan espléndidamente como ahora.

Aquel hombre musitó:

—Tú sabes bien que aparte el negocio de las drogas, tenemos intereses en muchos centros de apuestas y de préstamos extendidos por todo el país.

—Claro que lo sé —dijo Marcus—. A veces cobro los beneficios.

—Beneficios que son un chorro de dólares, porque los que pierden en las apuestas suelen pedir dinero prestado, y entonces se organiza una cadena de dinero que haría palidecer de envidia a muchos comerciantes honrados de Manhattan. Por eso no dejo de controlar ese negocio, a pesar de que atiendo a cosas mucho más importantes.

—Lo sé, jefe.

—Casualmente un asuntillo que viene de uno de mis corredores de apuestas, llamado Druryson, me ha puesto en la pista de algo mucho más grave. Resulta que un desgraciado llamado John Burbank no pagó a tiempo, y como es lógico los «torpedos» se dispusieron a darle una buena paliza después del segundo aviso. Pero ese pájaro llevaba algo que al principio parecía no tener

interés: las páginas de una novela.

—¿Y eso qué?

—Comprendo que no acabes de ver la relación, Marcus. Bueno... El caso es que los hombres que actúan para mí a través de Druryson, tienen orden absoluta de leerme cualquier papel que encuentren en poder de sus víctimas, por muy insignificante que parezca. Esa costumbre me obliga, a veces, a perder el tiempo, pero otras me ha dado resultados excelentes. A lo que iba... La novela de aquel imbécil hablaba de unos sucesos ocurridos en el aeropuerto de Saigón, cuando los norteamericanos estábamos allí.

—No tiene importancia. Hay miles de novelas que hablan de eso.

—Pero con una diferencia.

—¿Cuál?

—Lo que estaba allí escrito ocurrió realmente.

—¿Cuándo?

—Cuando di la orden de liquidar a Christie.

Marcus palideció.

Todo aquello le traía recuerdos muy intensos, pero tan lejanos, que un hombre de acción como él los había relegado al fondo mismo de su memoria. Porque sólo el presente importaba a un tipo como Marcus, pero sin embargo...

—Christie fue arrojada desde uno de nuestros aviones de bombardeo —dijo con voz opaca—. Era una desaparición perfecta. Al caer mezclada con nuestras bombas y llegar al suelo junto a ella, no quedarían ni sus uñas. De Christie, de la dulce Christie, nunca más se llegaría a saber nada.

El jefe musitó:

—Ésa era mi idea, desde luego.

—¿Y qué pasa ahora?

—Que esa novela... ¡describe todo lo que pasó! ¡Lo explica letra a letra! ¡Es la verdadera historia de Clive Murdock, la del federal que estaba tras nuestros pasos!

—¿El que convirtió en cenizas a varios de nuestros hombres, en un bombardero y luego en un camión ametrallador?

—El mismo.

—¿El que tuvo pruebas fotográficas de que Christie había sido arrojada desde el avión? —siguió preguntando Marcus.

—El mismo.

—¿Y el que hizo detener a los que iban en aquel aparato?

—Sí.

Después de aquella afirmación, los ojos del jefe se hicieron más pequeños y hostiles que nunca. Con voz helada explicó:

—De todos modos he de reconocer que tuve suerte aquellos días, porque las detenciones y las pruebas fotográficas podían haberme hundido para siempre. Pero entre tú y otros hombres fieles envenenasteis a los prisioneros antes de que hablaran. Los que se salvaron, fueron cosidos a puñaladas por unos falsos Vietcong cuando eran conducidos al hospital. La prueba fotográfica quedó, pero fue archivada porque no se podía acusar a nadie. Oficialmente aquello terminó como un accidente más de la guerra, pues cabía la posibilidad de que una mujer se hubiese introducido en la cámara de bombas sin saberlo la tripulación.

Marcus preguntó, arrastrando las sílabas:

—¿Y qué fue de Clive Murdock? En aquella época los tribunales no querían acusar a nadie que regresara de Vietnam y por eso las cosas rodaron bien para nosotros, pero aquel federal era de los que no cejan. Entonces, ¿por qué no volvió a insistir? ¿Qué fue de él? ¿Por qué ha desaparecido?

—Yo era, hasta este momento, de los que creían en su desaparición —contestó el jefe—, de modo que ya me había olvidado de él. Pero, de pronto, esa extraña novela que es en realidad, una historia, indica que alguien conoce de la primera a la última letra lo que ocurrió entonces en Vietnam, y por lo tanto puede desenterrar el asunto. Cuando me leyeron algunos de los primeros párrafos, tomé una decisión que ahora considero precipitada. Debí pensarlo mucho mejor.

—¿Qué decisión?

—La de hacer matar al autor de la novela. Pensé sencillamente que «muerto el perro, muerta la rabia». Sólo más tarde me he dado cuenta de que hubiera sido mucho mejor interrogarle según mis métodos.

—Eso es cierto —reconoció Marcus—. Matar a un enemigo es el último punto del programa. Antes hay que hacerle hablar.

—Cierto, pero ahora ya es tarde para lamentarlo. De todos modos, reaccioné muy velozmente. En seguida pensé que había que

dar con Clive Murdock.

—¿Y...?

—Dos de mis hombres dijeron que recordaban haber visto ese nombre en algún sitio. No estaban seguros, pero se dejaron llevar por la inspiración y salieron a buscarlo. En este momento estoy esperando noticias de los dos.

—¿Adónde han ido?

—Exactamente no lo sé. Pero en seguida me informarán.

Hizo un gesto impaciente y se sirvió otro trago.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo con voz espesa.

Uno de sus pistoleros entró.

Estaba pálido como un muerto.

Traía varias fotografías hechas con un cámara «polaroid». Sin mediar una palabra las dejó sobre la mesa, al alcance de los ojos del jefe.

Y éste estuvo a punto de perder las gafas. Crispó sus labios mientras brotaba de éstos una exclamación de rabia.

Porque se veía los cuerpos de sus dos hombres materialmente cosidos a balazos. Y los dos estaban caídos para siempre encima de una lápida que decía:

CLIVE MURDOCK

Marcus también lo vio.

Era un hombre de los que no se inmutan, pero esta vez no pudo evitar que le temblaran hasta los dedos.

—¿Qué hay en esa tumba? —farfulló.

El hombre que traía las fotos susurró:

—Nuestros enlaces en la policía nos han facilitado el trabajo. Ha sido posible alzar la lápida y ver los restos.

—¿Restos? ¿De quién?

—De un tipo que al menos tenía setenta años cuando lo enterraron. Se nota por la descalcificación y el desgaste de sus huesos. El propio forense lo ha dicho. Está claro que Clive Murdock fingió morir, y para eso hizo colocar bajo su lápida los restos de cualquier fiambre preparados para ir a la fosa común. Pero Clive Murdock está vivo... ¡vaya si lo está!

A Marcus seguían temblándole los dedos.

Con una voz que no parecía la suya, farfulló:

—¿Esos dos hombres no han podido averiguar nada?

—Si averiguaron algo, no lo podrán decir ya. Están materialmente cosidos por las balas de un «Magnum» calibre pesado.

—El arma favorita de Clive Murdock.

—Sí.

—Entonces no hay duda de que los ha matado él.

Los tres hombres que estaban allí se miraron fijamente.

Una palidez cerúlea cubría sus rostros.

El jefe musitó:

—Hay que dar con él.

Era una orden y había que cumplirla, pero ¿cómo? El propio jefe no sabía qué pensar. Jamás el área de Nueva York le había parecido tan inmensa, tan inextricable para encontrar en ella a un solo hombre.

Pero pronto tomó una decisión.

—Es posible que alguna persona sepa algo —dijo.

—¿Quién?

—Ese idiota de John Burbank llevaba la novela a una editorial.

—Sí, es cierto —musitó Marcus, cuyos ojillos brillaron de repente.

—Ocupate tú de saber a quién, Marcus —dijo el jefe con siniestra suavidad—. Y ocúpate también de que en Nueva York haya unos cuantos muertos más esta noche.

Marcus se puso en pie con un gesto de satisfacción, mientras gruñía:

—Claro, jefe. Lástima que aquí no se coma nadie la carne de los difuntos. Los jefes de las tribus de Nueva Guinea lo hacen, y están bien gordos los tíos.

CAPÍTULO VIII

Los latigazos caían sobre la espalda de la muchacha.

Era muy joven. Tendría unos veinte años.

Su piel suavemente amarilla se había cargado de líneas rojas.

La sangre resbalaba hasta su cintura.

Sujeta a una gruesa columna de mármol adornada con piezas de jade, chillaba de dolor.

Pero no se había desmayado. Su cuerpo no cedía. Aguantaba a pie firme los latigazos, quizá por una razón elemental: desde que tenía quince años, la habían acostumbrado a ellos al propinárselos al menos una vez cada dos semanas.

Kaly había estado a punto de ser *miss* Vietnam cuando sólo tenía esa edad: quince años.

Cuando vivía con su madre en el mejor sitio de Danang, en una casa llena de criados y con más de veinticinco habitaciones.

Cuando en torno suyo el dinero corría a manos llenas.

Y cuando empezó a notar que el amante de su joven madre empezaba a fijarse en ella, en sus curvas juveniles y tensas.

Ahora aquel hombre estaba allí.

Gordo, algo fofo.

Con sus gafas cuyos cristales, cuando él se excitaba, parecían adquirir una extraña tonalidad gris.

Sentado estilo oriental, con las manos sobre el regazo, contemplando el suplicio.

Kaly sabía que eso le gustaba al hombre.

Un hombre que se lo daba todo, desde riquezas a vestidos, desde joyas a muebles caros, desde pieles a criados que en realidad eran sus vigilantes. Todo menos la libertad, porque Kaly era su joya de carne, era el receptáculo de todos sus vicios, de todas sus pasiones, de todas sus ansias secretas.

Al hacerse viejo, a aquel hombre se le habían complicado sus

instintos, hasta convertirse en algo realmente malsano. Un instinto sádico cada vez más intenso se estaba adueñando de él. Se sentía incapaz de amar a Kaly sin hacerla azotar antes, sin oírla gemir de dolor. De ese modo la chica estaba hundida, sumisa, y caía en sus brazos como si ellos fueran su último refugio.

Pero esta vez Kaly notaba algo peor.

El hombre, su dueño, no sólo estaba excitado, sino también rabioso. Por alguna razón que ella ignoraba, deseaba volcar en su pobre cuerpo algún ansia secreta o alguna frustración. La bonita mujer desnuda que estaba golpeando a Kaly le había asestado ya media docena de latigazos más que de costumbre, sin que el hombre gordo hiciese una seña para que el suplicio terminara. Kaly sentía que sus rodillas fallaban y que estaba a punto de hundirse esta vez.

Pero lo aguantó todo por orgullo y también por gratitud. Porque aquel hombre que la había convertido en su esclava tuvo antes como una reina a la madre de Kaly. Porque hizo de ella una de las mujeres más ricas y afortunadas del Vietnam, hasta que sobrevino su muerte.

De pronto las rodillas cedieron.

Kaly ya no podía más.

Sentía que la sangre llegaba hasta sus muslos.

La mujer desnuda alzó de nuevo el látigo y preguntó con la mirada si seguía, pensando que el suplicio se daría por terminado.

Pero el jefe indicó que necesitaba dos latigazos más.

Cayeron implacables sobre la espalda torturada de la muchacha, que ya colgaba sin sentido de las cuerdas.

Con una sonrisita de turbia satisfacción, el jefe musitó:

—Tráela a rastras aquí. Cuando despierte, ella y yo vamos a tener una buena fiesta.

También tenía todos los motivos para pensar en una buena fiesta el tipo que acababa de subir por la escalera de emergencia hasta aquel dieciocho piso del bloque de apartamentos de lujo situado en la parte norte de Central Park. Porque lo que estaba viendo era como para marear incluso a un tipo tan experimentado como él en cuestión de chicas.

Realmente la mujer que tenía delante era una pieza fuera de serie.

No la había visto nunca, pero dudaba que pudiese volver a ver algo semejante.

Patty se estaba desvistiendo ante el espejo del tocador, bien lejos de imaginar que alguien había podido llegar hasta su apartamento por la escalera de incendios, y entrado luego en él tras emplear una llave falsa. Estaba lejos de imaginar también que, por el hueco de la puerta, unos ojos la estaban contemplando con avidez.

Las formas opulentas destacaban a la plena luz de la habitación.

La chica ya estaba casi completamente desnuda.

La larga melena le caía sobre los hombros.

Se iba a quitar ya las medias.

En la superficie del cristal se reflejaba su belleza.

Y entonces Marcus decidió que era el momento de entrar. Le convenía interrogarle antes de que Patty se metiese en cama. Le resultaba mucho más excitante así, tal como estaba, y eso era esencial para el fin de fiesta que tenía previsto.

De modo que empujó la puerta del todo.

Se plantó en el umbral.

La cara que puso Patty la había visto Marcus en muchas chicas a las que golpeó, interrogó y atropello más tarde. Por eso mismo no le causó la menor sensación.

Sabía lo que Patty iba a hacer.

En efecto, la muchacha, rápida como una pantera, saltó hacia otra de las puertas, intentando la huida.

Pero Marcus le cortó el paso.

Sabía cómo hacerlo.

La golpeó suavemente detrás de una rodilla y la chica se desplomó contra una pared, mientras gemía roncamente.

Marcus vio que le había roto una media.

Eso le excitó aún más.

La sujetó por la larga mata de pelo y tiró de ella hacia atrás. Gimiendo pero sin chillar (en parte porque sabía que nadie le prestaría ayuda), Patty cayó sobre la cama y quedó sobre ella.

Aterrada.

Sintiendo que los pulmones le quemaban, porque desde que vio al hombre no había podido ni respirar.

Marcus dijo con voz opaca:

—Es inútil que chilles. Los apartamentos de al lado están vacíos,

y además en esta cochina ciudad nadie ayuda a nadie. Te arrancan la piel en plena calle y la gente sigue circulando.

Ella no contestó.

A sus ojos asomaba un frío horror.

—También te advierto, para tu tranquilidad, que no soy un violador normal —dijo Marcus.

—¿Pues qué... buscas aquí?

—Eso es sencillo. Te busco a ti.

Y se sentó en el borde de la cama. Patty trató de huir con un gesto de horror, pero Marcus la inmovilizó mediante una presa las dos piernas y se puso a acariciarle los muslos, por entre los tirantes del ligero, con una estudiada y viscosa lentitud.

Patty temblaba, pero sabía que era inútil huir. La sensación de potencia que daba su enemigo era tan impresionante que bastaba una mirada a sus ojos helados para darse cuenta de que cualquier intento de huir estaba abocado al fracaso. Era imposible.

Marcus susurró:

—Tú te llamas Patty.

—Sí...

—Y tienes un negocio editorial.

—Sí...

—Pero es extraño.

—¿Extraño el qué?

—Nunca has editado nada.

—Empiezo ahora —dijo Patty suavemente, mientras replegaba las piernas poco a poco.

—¿Quién te dio el capital?

—¿Y eso qué importa?

—¡Contesta, zorra!

Las manos se hundieron en su cuerpo, haciéndole daño. Patty gimió.

—Pedí el dinero prestado.

—¿Y quién está detrás tuyo?

—Nadie... Estoy yo sola.

Marcus emitió una risita cínica.

—También tiene gracia —musitó.

—¿Gracia? ¿El qué?

—La primera novela que ibas a editar la había escrito un pobre

tipejo que trabaja en un manicomio.

Patty se dio, entonces, cuenta de por dónde iban las cosas.
Musitó:

—Sí... El pobre chico murió en un accidente.

—Ni accidentes ni puñetas.

—¿Qué...?

—Fuimos nosotros los que le apiolamos.

Desesperada, Patty, que había acabado de flexionar las piernas y sabía ahora que la muerte estaba en su habitación, intentó clavar los finos tacones de sus zapatos en el bajo vientre de Marcus, pero éste había adivinado sus movimientos. Se las sabía todas. No sólo le sujetó los tobillos a tiempo, sino que se los retorció tan salvajemente que ella hubo de lanzar un aullido de dolor.

Marcus susurró entonces, con la suavidad de una serpiente:

—Escucha bien esto, zorra. Aquello no era una novela, sino una historia detallada, es decir, una especie de informe secreto que alguien hacía llegar a tus manos para que tú lo hicieses llegar más arriba. Y a mí, los informes secretos me apasionan tanto que quiero saber dos cosas... ahora mismo.

Patty balbució:

—¿Qué dos cosas...?

—La primera, a quién tenía que llegar ese informe.

Patty no contestó. Por el contrario, hizo otra pregunta:

—¿Y la segunda cuál es?

—Saber dónde está Clive Murdock.

La muchacha notaba en su cuerpo aquellas manos cada vez más ansiosas. La piel le temblaba de asco.

Musitó:

—Nunca oí hablar de Clive Murdock.

—Pues es el protagonista de esa falsa novela.

—Puede ser, pero no la he leído.

Marcus rió lentamente.

—Mira, nena —dijo—, tú y yo tenemos toda la noche por delante. Y me parece que nos vamos a divertir.

Bruscamente saltó sobre ella.

Patty gimió de asco. De miedo. De impotencia.

Notó que los dientes de Marcus se hundían en su cuello.

Era igual que una serpiente.

Se enroscaba materialmente a ella.

El cuerpo de Patty era joven y potente, pero nada pudo contra la pericia de un luchador profesional. Cuando Patty pudo volver a darse cuenta de la realidad, tuvo que anotar dos cosas: una, que aquel tipo la había repasado por donde le había dado la gana. Dos: que ella tenía las manos atadas a la cabecera de la cama, de modo que no podía huir de allí y Marcus estaba en situación de hacer con ella lo que le viniese en gana.

Oyó otra vez su risita sardónica.

Y Marcus empezó a desnudarse.

Lo hizo con estudiada lentitud.

Como una burla.

Ahora empezaba lo bueno para él.

—Vas a hablar te guste o no, muñeca —dijo—. Tengo sistemas para convencer a una chica por estúpida que sea.

—No te atreverás a... a tocarme.

—Si yo fuese un tipo con gustos normales te diría que voy a dejarte embarazada de nueve meses —dijo Marcus como si no la hubiese oído—, pero tengo otros gustos. Unos gustos que... ¿cómo lo diría yo? En fin, son más refinados. Tendrás que volverte de espaldas y te haré daño, mucho daño, pero al final hablarás.

Ella se estremeció.

Estaba como fascinada y aterrada a la vez.

Y en aquel momento pasó algo increíble, algo que no hubiera podido llegar a imaginar. Sonaron unos aplausos.

CAPÍTULO IX

Marcus se volvió de repente.

Jamás se había encontrado en una situación así.

Estaba desnudo.

Sin armas.

Porque había un hombre más en la habitación.

Era un tipo gigantesco, con unos músculos más potentes aún que los de Marcus. Daba la sensación de que el aparecido se había pasado la vida entera descargando barriles y noqueando hombres.

Ahora seguía aplaudiendo.

Y Marcus lo reconoció.

Una sensación de frío espantoso le llegó hasta el fondo de la columna vertebral.

Era un tipo al que pensó que jamás volvería a ver.

Era el propio Clive Murdock.

Marcus sintió entonces que el frío cesaba. Y que un fuego rabioso empezaba a corroer sus entrañas.

—¿Por qué aplaudes? —preguntó.

—Verás... Es por el *strip-tease*. Jamás había visto a un marica que se quitara la ropa con tanta gracia.

Los dientes de Marcus rechinaron.

El fuego le quemaba las entrañas cada vez más.

Mientras se volvía poco a poco, balbuceó:

—De modo que era una trampa...

—Te equivocas, Marcus. No sabía que un marica iba a visitar a Patty esta noche. Pero me estaba haciendo una paja yo solito, muerto de aburrimiento, en el parque de ahí al lado, y entonces he pensado: «¿Por qué no subir?». Dicho y hecho: he tomado el ascensor y aquí me tienes. Dispuesto a que me pidas un dinerillo por hacer algún trabajo especial. Resulta que ahora los maricas me gustan.

Marcus rugió de odio.

Jamás se habían burlado de él de aquella manera.

Y sin pensarlo un momento más, pasó a la acción. Sabía que Clive Murdock, al menos, tenía una cosa:

Jamás atacaba con armas, si a él le atacaban con las manos.

Y eso iba a ser su perdición.

Porque, con las manos, Marcus estaba seguro de ser el primero.

El dorso de su mano silbó como la hoja de una guillotina.

Era el golpe de karate perfectamente mortal.

Pasó a dos dedos de la garganta de Murdock, que se había retirado a tiempo.

Una sonrisa flotó en sus labios.

E, increíblemente, volvió a aplaudir.

Marcus jadeaba.

—¿Por qué aplaudes ahora, perro? —preguntó.

—Porque has batido un récord —dijo Marcus.

—¿Qué récord?

—El de velocidad en fallar un golpe. Hay que ver cómo te has apresurado a ir al ataque, muchacho. Eres una birria.

A Marcus le temblaba hasta la lengua.

Tenía los ojos desencajados.

Y se lanzó de nuevo, escupiendo un grito de guerra oriental.

Ahora con las dos manos a la vez.

Trató de cruzarlas como las aspas de un molino sobre los pómulos de Murdock, lo que le hubiera destrozado la cabeza. También era un golpe mortal, capaz de acabar en pocos segundos con una torre humana.

Pero Murdock conocía todas aquellas tretas. Bailando sobre un solo pie, como un boxeador en el *ring*, se alejaba de su enemigo cada vez que éste lanzaba un golpe, haciéndole cansar inútilmente.

Y hasta le obligó a doblar la rodilla dos veces, arrojándole pequeños muebles a los pies.

Cada vez que se veía en el suelo, Marcus rugía de rabia.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Una espuma blanquecina brotaba de su boca.

Fascinada, Patty contemplaba desde la cama, sin poder intervenir, aquel espectáculo que le cortaba la respiración.

Murdock se situó junto a una de las ventanas.

El otro saltó aullando.

Su brazo bajó como una catapulta.

¡TLANG!

Clive Murdock se había apartado una vez más.

Y la mano de Marcus no logró romperle el cuello, pero rompió, en cambio, todos los cristales de la ventana. Se los metió tan adentro, que su mano derecha entera pareció cortada en dos.

La sangre saltó hasta las paredes.

Chilló de dolor.

Pero era un luchador nato, un hombre que no se rendía nunca. Por el contrario, su rabia aumentó hasta un límite intolerable, volviéndose loco. Atacó de nuevo, mientras la sangre salía despedida en todas direcciones, salpicando *la* habitación.

Pero era imposible cazar a un enemigo ágil como un ciervo.

Un enemigo que, de pronto..., ¡atacó!

Ahora Clive Murdock había pasado a la ofensiva. Dejó de reír. Su rostro se convirtió en el rostro de un verdugo.

Había alzado con una mano la pesada silla.

Y la convirtió en añicos sobre la cabeza de Marcus; una cabeza que hubiera debido abrirse en tres pedazos.

Pero, increíblemente, aguantó. Aquel tipo era una roca. Se lanzó a fondo, mientras bramaba como un toro herido.

Murdock le esperó esta vez.

Bloqueó el impacto de sus dos manos. Y levantó la rodilla.

Un golpe al estómago de Marcus le hizo encogerse. La espuma de la boca se transformó en una auténtica vomitera. Sus ojos bizquearon.

Ahora sintió un espantoso golpe en uno de los tobillos.

Y se dio cuenta de algo siniestro: de las puntas de los zapatos de Murdock salían dos púas cuando hacía falta. Y el tobillo, que es uno de los puntos más dolorosos del cuerpo, quedó materialmente destrozado.

La crispación fue intolerable.

Marcus chilló..., chilló..., ¡CHILLO!

Había caído de rodillas y estaba implorando piedad.

Pero él mismo lo había dicho antes: los apartamentos contiguos estaban vacíos, y además nadie hacía caso de nadie en aquella infecta ciudad.

Caía en su propia trampa.
Murdock apenas le miró.
El no era hombre que sintiera piedad.
Marcus había encontrado la horma de su zapato.
Notó que lo arrastraban por el pelo.
Que le colocaban la cabeza sobre el alféizar de la ventana rota,
materialmente encima de una gruesa arista de cristal.
Aquello era una guillotina: Marcus aulló.
—¡NOOOOOOOOO...!
Una mano férrea le empujó brutalmente hacia abajo.
Y su propio cuello fue al encuentro de los cristales. Se hundieron
en él como puntas aceradas.
La sangre saltó.
Las grandes arterias estaban rotas.
Implacablemente, Clive Murdock esperó a que su enemigo se
desangrase.
Por fin lo soltó.
Aquello no era un hombre. Era un guiñapo.
Luego se volvió hacia la muchacha.
—¿Crees que la ropa de este tipo tiene algún valor? —preguntó.
—¿Para qué?
—¿Para qué va a ser? —dijo él, encogiéndose de hombros—.
Para empeñarla...

CAPÍTULO X

Clive Murdock desató a la chica.

Ella tenía las muñecas doloridas. Su hermoso cuerpo temblaba aún a intervalos, como si la tensión la siguiera dominando. Había pasado por una prueba que no quería ni siquiera recordar.

Clive susurró:

—Te prepararé una copa...

—Por favor, que no sea de,...

—¿De qué?

—De ningún líquido que tenga el color rojo...

El miró la sangre que salpicaba las paredes.

—Tienes razón —musitó—. ¿Hace un poco de ron blanco?

—Bien...

Se lo sirvió. Patty bebió ávidamente y luego se puso a toser. Con un gesto maquinal empezó a quitarse las medias, como una cortesana que se desnuda ante el cliente.

—Necesito una ducha —murmuró—. Me siento como..., como corrompida.

—La necesitamos los dos —dijo él.

Se desnudó y se colocaron los dos bajo el chorro del agua. Nunca Murdock había tenido una conversación de trabajo en un sitio como aquél.

Y con una chica tan despampanante.

Mientras los dos sentían como si la vida volviese acariciar su piel, la muchacha dijo junto a su oreja:

—Me temo que todo va a tener que cambiar, Clive.

—¿Por qué?

—La casualidad les ha ayudado. Lo han descubierto todo cuando la cartera de John Burbank cayó en sus manos. Nadie podía imaginar que un chico así tuviera deudas en un garito como el de Druryson.

El hizo un gesto afirmativo.

—Todo nuestro plan tiene que variar —dijo—. Y lo curioso es que ese plan no era malo del todo. —No, no lo era.

—Yo fui enviado a Vietnam para destruir la red de tráfico de drogas que funcionaba dentro de los propios Estados Unidos en las escuelas, las calles, los clubs, los cines... Todo el país corría el riesgo de irse pudriendo si aquello continuaba.

—Lo sé bien, Clive. A mi padre le mataron porque tenía miedo de que llegara demasiado lejos en sus investigaciones. El era uno de los jefes del Servicio de Información Militar de Estados Unidos. Les estorbaba.

—Y yo le sustituí en el trabajo. Pero yo nunca he sido un militar, sino un federal. Quise llegar hasta el fondo, sin importarme hacer caer a quien fuese, y lo primero que supe fue que la red de la organización estaba extendida entre algunos altos militares que tenían cargos en Saigón.

Cerraron la ducha y empezaron a secarse los dos. Ya no parecían acordarse de que había un muerto en la habitación.

Clive continuó.

En el aeropuerto estuve a punto de morir porque lanzaron contra mí todos sus efectivos, pero no pudieron acabar conmigo. Sin embargo, eso me hizo dar cuenta de que nunca llegaría hasta lo más alto si no tenía pruebas muy concluyentes. De que los generales que estaban metidos en aquella cloaca tenían el riñón bien cubierto y saldrían absueltos aunque yo llegase a detenerlos y acusarlos.

—Eso te desesperó al principio, Clive. Lo recuerdo.

—Sí. Me hizo pensar que mi trabajo era inútil.

La chica se tendió otra vez en la cama lentamente.

—Y estuviste a punto de abandonar, ¿no? —preguntó.

—Sí. Sobre todo cuando en seguida vino la retirada del Vietnam. Y cuando el gobierno decidió echar tierra sobre tantos y tantos asuntos sucios, olvidándolos para siempre, porque no quería arrojar más basura sobre la que había sido basura desde el principio. Entonces me di cuenta de que contra aquellos buitres nada se podía hacer.

—Pero tú no podías olvidar a la mujer a la que habías visto asesinar tan cruelmente, lanzándola con las bombas, ¿verdad?

—No. No podía olvidarlo. Sobre todo, porque se veía muy bien

en las fotos que aquella mujer aún estaba viva —musitó.

Apretó los puños de tal modo, que sus nudillos crujieron.

Y con voz ronca continuó:

—Quizá todo hubiese terminado allí, sin embargo. Terminaba la guerra de Vietnam y terminaba una etapa triste de nuestro país, de modo que quizá valiera la pena olvidar ciertas cosas. Por lo menos eso pensé yo. Cuando regresé a este país, casi estaba decidido a no seguir las investigaciones, pero...

—... Pero ¿qué?

—Tú lo sabes bien, Patty. Cuando un negocio da un río de oro, ese negocio no se deja así como así. En el Vietnam mandaban otras personas y esas personas habían acabado con el tráfico de drogas, pero en las fronteras de Tailandia y Camboya habían aún grandes depósitos secretos con los que podían abastecer de droga el mercado americano durante años y años. Y esos depósitos podían volver a llenarse, transcurrido un tiempo, si la tensión internacional se suavizaba, como está efectivamente ocurriendo.

Se preparó a su vez un poco de licor y añadió:

—El resultado ha sido que la droga, por medio de los mismos buitres que ya actuaban en Vietnam, sigue entrando en Estados Unidos. Y que la porquería se extiende cada vez más. Las mujeres *liberadas* creen que así son más mujeres, cuando muchas de ellas han de prostituirse para conseguir su ración de mandanga. Me propuse acabar con eso y toda la pandilla de asesinos que movían los hilos de este inmenso basurero. Me habían dado una orden años antes y la cumpliría. Estaba seguro de que no iba a vacilar.

—Pero no ibas a conseguir pruebas, Clive.

—Yo sabía dónde conseguirlas.

—¿En el manicomio de Salt Bell?

—Sí.

—Nunca me has explicado con claridad ese detalle, Clive. ¿Por qué precisamente allí?

—Porque muchos elementos que traficaban con drogas en el Vietnam se habían aficionado a la droga ellos mismos. Eso suele ocurrir, sobre todo cuando hay que olvidar horrores, matanzas, engaños, derrotas... Algunos eran verdaderos pingajos cuando regresaron a Estados Unidos, y hubo que internarlos en un manicomio especializado. Ese manicomio es justamente el de Salt

Bell.

Respiró hondamente, antes de añadir:

—No me di cuenta hasta pasado bastante tiempo de que allí podía haber una mina. Los que realmente conocían a los grandes jefes estaban allí, y por el momento nadie se acordaba de ellos. Estaban hundidos en lo más profundo del basurero y eran pingajos humanos olvidados para siempre, pero yo me propuse convertirlos de nuevo en hombres con memoria, en seres humanos relativamente dignos. En una palabra, quise convertirlos en testigos que pudieran acusar. Que pudieran señalar a los verdaderos culpables y decir: «a mí me transformasteis en un muerto en vida. Por eso voy a declarar la verdad». —Pero ésa era una misión casi imposible, Clive...

—Sí —dijo él, pensativamente, mientras se sentaba en la cama a su lado—. Imposible del todo..., a menos que uno se metiera en el manicomio también. A menos que uno conociera a aquellos pingajos humanos, que se ganara su confianza, que supiera cuáles de ellos eran capaces de recordar y cuáles no... Por lo tanto tomé una decisión que podía marcarme para siempre.

Puso sus manos en Patty.

Ella se estremeció levemente.

—Imagino lo que vas a decirme, Clive —musitó.

—Sí... Era jugar con fuego, era correr yo también el riesgo de convertirme en un muerto en vida. Pero no me quedaba otro remedio. De modo que, bajo la dirección de un especialista, empecé a tomar yo también raciones de droga, hasta el límite máximo tolerable sin que mis facultades disminuyeran. Luego empecé a fingir a la perfección los síntomas que me habían enseñado a fingir. De eso a ingresar en el manicomio de Salt Bell había sólo un paso... y yo lo di.

Las manos descendieron lentamente hasta la cintura de la muchacha. Ella seguía estremeciéndose. Le miraba fijamente mientras en sus labios se producía una misteriosa palpitación.

—Ingresé en Salt Bell —siguió diciendo él—, como un loco más. Me sometieron a los procesos de curación normales, y allí empecé mi verdadero trabajo: conocer a los miembros de la cadena que habían estado en Vietnam y habían sido, ellos mismos, víctimas de la droga. Fue una labor tensa, difícil y larga.

—Lo comprendo, Clive.

Las manos del hombre proseguían acariciando a la muchacha.

—De todos modos —siguió diciendo él—, tenía que comportarme como un loco perfectamente *normal*, y someterme a las reglas que regían para los otros, porque, en caso contrario, hubieran podido denunciarme. Incluso en Salt Bell había chivatos y gente que trabajaba para la *cadena*. En consecuencia, me sometí al régimen habitual de visitas y permití que toda mi correspondencia fuera censurada. En esas condiciones, pasar un informe completo al exterior era casi imposible, cosa que tampoco me preocupaba gran cosa, porque pensaba informar de todo cuando saliese de allí.

—Pero la situación se alargaba porque las investigaciones eran lentas, ¿verdad?

—Sí... y eso motivó que creyera necesario enviar ya algunos informes al exterior, a fin de que tú, que eres mi enlace, los transmitieras al FBI. Como un sistema de cartas era imposible, pensé en algo muy simple: nada me impedía escribir una novela y buscar un editor para que me la publicase. Una novela no la pueden censurar. De antemano supondrían que todo era ficción y pura invención mía.

Hizo otra nueva pausa mientras sus dedos seguían acariciando suavemente.

Ella runroneó:

—Por eso inventé lo de la editorial, Clive. Para poder recibir aquel original, que era en realidad un informe completo, sin que nadie sospechase.

Como en el manicomio estaba con nombre falso —dijo él—, en el relato utilicé mi verdadero nombre, ya que eso le daba una garantía de veracidad si algún día tenía que presentar el escrito ante un jurado. Para enviarlo al exterior utilicé los servicios de un enfermero llamado John Burbank, el cual figuraría, de momento, como el autor de la obra, por lo que pudiera ocurrir. Comenzaba el relato con mis días en Vietnam y hubiese terminado con las declaraciones de muchos de aquellos locos. Hubiera sido un informe completísimo que esperaba llegara a tus manos sin ninguna dificultad. Pero en medio estaban las deudas de juego de ese pobre muchacho..., y en medio estaba, sobre todo, el *gang* de los traficantes, que eran socios de Druryson. En fin, la primera parte del

informenovela está en su poder. Ahora saben perfectamente que me metí en el manicomio de Salt Bell para acabar con ellos.

—¿Y qué crees que harán, Clive?

—En primer lugar, matar a los locos que un día pudieran delatarles. Pero para evitar eso ya han sido tomadas grandes medidas por parte del FBI, de modo que si tratan de colar un asesino allí, será capturado y se le obligará a hablar. En segundo lugar, movilizarán todos sus recursos para acabar con nosotros dos.

Otro estremecimiento recorrió el cuerpo de la mujer.

¿Pero fue solo de miedo?

El hombre proseguía con sus caricias.

—Ya lo han intentado —dijo él—. Y lo intentarán de nuevo. En consecuencia, lo primero que has de hacer es esconderte en Nueva York para que no puedan dar contigo. En cuanto a mí..., atacaré antes de que ellos vuelvan a atacar.

Y se inclinó para besarla en los labios.

Ella bisbiseó:

—Hace rato que me estás volviendo loca, Clive...

—¿De veras?

—No comprendo cómo puedes pedir guerra después del lío que hemos armado.

—Quizá es que yo también necesito olvidar.

—Quizá sea una suerte, Clive. Hay cosas en el cuerpo de un hombre que no tienen memoria.

—Pues vamos a perderla del todo...

—¡Ay!

—No metas ruido, Patty.

—¿Por qué?

—¿Es que no te das cuenta, muñeca? Podemos molestar al muerto...

CAPÍTULO XI

El hombre se había retirado las gafas. Sus ojos pequeños y duros, parecidos a los de una serpiente, miraban fijamente a la chica.

Ella siguió con su pasividad, porque sabía que al hombre le gustaba así.

De todos modos, en sus ojos había casi gratitud.

Después de ser apaleada y después de atender como una esclava a todas las exigencias de su dueño, era, encima, ella la que estaba agradecida.

En su mentalidad de mujer oriental, acostumbrada a ser muñeca de placer, parecía no haber entrado todavía ninguna otra idea.

Se puso en pie.

Era mucho más alta que sus compatriotas vietnamitas, que suelen ser pequeñas y suaves. Tenía unas formas mucho más jóvenes, duras y opulentas que la mayoría de ellas.

También dominaba como una auténtica hetaira todos los resortes del placer.

Luego volvió sumisamente la mirada hacia el hombre.

—¿Sigo acompañándote? —preguntó.

—No. Quiero descansar.

—Cuando tú me necesites, no tienes más que mover un dedo, ya lo sabes.

El jefe runruneó satisfecho.

Le gustaba aquella esclavitud.

Ahora Oriente había cambiado del todo y las cosas se estaban mecanizando hasta el paroxismo, pero cuando él lo conoció —todavía en los tiempos de la colonización francesa—. Saigon y Hanoi eran aún las capitales del más refinado placer. El placer para los turistas que hoy se ofrece en Thailandia es una burda caricatura de lo que él había conocido. Para aquel hombre habían existido prostíbulos con más de ciento cincuenta pupilas, muchas de ellas

con sólo catorce años de edad. Retirar a cuatro de ellas e instalarlas en el mejor hotel, provocaba en las chicas tales muestras de gratitud que se hubiesen dejado arrancar la piel a tiras —y a veces eso ocurría un poco— con tal de complacerle.

Luego había venido la guerra y todo lo que la guerra significa, pero aquel hombre, consejero militar de Estados Unidos, conocía de Vietnam todo lo que hay que conocer. Por eso había subido arriba, muy arriba. Y por eso tuvo que disimular, no pudiendo ya instalar niñas en el hotel, pero a cambio de eso, empezó a ganar cantidades de dinero con las que no había soñado nunca.

El sexo había sido sustituido por las drogas, y desde luego era infinitamente mejor negocio. El, que tenía muchos prostíbulos y clubs frecuentados por los soldados del Tío Sam, se dio cuenta de que el dinero que eso daba era una miseria, comparado con el tráfico de estupefacientes. Porque un hombre no puede estar siempre dedicado al sexo, ya que su cuerpo tiene unos límites muy claros. En cambio, puede estar siempre dedicado a la droga, y su cuerpo, en eso, no tiene límite. Al contrario, cada vez necesita más. Y si por una mujer está dispuesto a gastar cien dólares una vez a la semana, por la mandanga gastará mil dólares diarios mientras los tenga, y cuando no los tenga, los robará. Y matará si tiene que matar.

Por eso se había dedicado al verdadero negocio, sin descuidar el de la trata de blancas. Y por eso le había continuado en Estados Unidos cuando el asunto del Vietnam terminó. Como Clive Murdock había dicho, uno no escupe sobre un negocio que deja limpios miles de dólares.

Mientras la chica hacía ademán de retirarse, la detuvo con un gesto y le preguntó:

—A veces eres hasta aburrida. ¿Por qué te sometes siempre a mis caprichos? ¿Por qué no protestas alguna vez? Eso daría más emoción al asunto.

—¿De qué serviría protestar? —susurró ella, mimosamente—. Sé que tú eres fuerte y me acabarías venciendo.

—A veces eso es lo que quiero: vencerte.

—¿Te gusta?

—Digamos que me emociona.

Ella sonrió sumisamente.

—Por eso me haces azotar, ¿verdad?

—Sí, por eso.

—Y te gustaría que me quejase...

—Cierto... ¿Cómo lo has adivinado, perra? Te quejas poco.

—Es que hasta ahora he pensado que preferías que aguantase...

Las orientales tenemos en eso gran facilidad, pero en adelante ya no me dominaré, si eso es lo que te gusta. Daré rienda suelta a mi dolor, que a veces es terrible. Me destrozas...

El sonrió complacido, mientras su abultada tripa se movía rítmicamente.

—¿Por qué haces todo eso, Kaly? —preguntó—. ¿Por qué no pusiste inconveniente en dejarlo todo y venir conmigo a Estados Unidos, cuando lo del Vietnam acabó?

—Porque tú fuiste todo para mi madre. Gracias a ti, ella vivió como una reina.

—¿Entonces es gratitud?

—Las orientales confundimos a veces el amor con la gratitud, señor. Comprendo que a veces es un sentimiento un poco difícil. Pero ningún sabio ha podido decir aún cuál de las dos cosas es más conveniente o placentera para un hombre.

—Sin duda la gratitud —dijo él riendo.

—¿Por qué?

—Porque el amor pasa, pero la gratitud, no.

—Eso es cierto —rió Kaly.

En aquel momento sonó el teléfono a la cabecera de la cama. El hombre lanzó una maldición.

Pero sabía muy bien que aquel teléfono sólo era empleado para mensajes realmente importantes, de modo que lo descolgó.

—¿Qué? —preguntó con voz opaca.

Reconoció la voz de Druryson.

—Jefe... —lloriqueó el mangante—. Jefe...

—¿Qué pasa, hijo puta?

—Marcus ha muerto.

—¿Queeeeeé...?

—Me lo han dejado a la puerta de la tienda. Está degollado... Pero ni que le hubieran hecho el trabajo con una navaja barbera sin afilar. Es horrible...

El jefe tragó saliva.

Parecía Como si le hubieran pinchado los ojos por dentro.

—Esa zorra... —barbotó.

—¿Zorra? ¿Quién?

—Yo había enviado a Marcus a liquidar a Patty, la editora que, en teoría, iba a publicar ese maldito libro.

—Entonces ha sido... ella... Oiga, general...

—¡No me gusta que me llames general ni siquiera por este teléfono privado, idiota!

—Ya de nada sirve disimular, general Slim. Estamos metidos en el agujero y hemos de salir de él. Si usted quiere seguir siendo jefe del Servicio de Información del Pentágono, necesita que antes de veinticuatro horas rueden unas cuantas cabezas. O consigue eso, o ya puede despedirse de la suya, general, ¡maldita sea la madre que lo parió!

El jefe palideció hasta la médula de los huesos.

Jamás le habían hablado así, y menos un miserable socio del tres al cuarto.

Pero eso indicaba, precisamente, la magnitud del desastre. Indicaba que su imperio se encontraba tambaleando. Por lo tanto, decidió:

—Lo haré, Druryson, gracias.

—¿Me necesita?

—¿Para qué te voy a necesitar?

—Mi negocio es el suyo, general Slim. Si a usted le pescan, yo me quedaré sin protección y todo se irá al infierno.

—Quiero que hablemos de eso, Druryson.

—Perfecto. ¿Dónde?

—Quiero saber antes cuántos hombres de absoluta confianza puedes reunir.

—No muchos. El Pecas y tres más. En total cuatro.

—¿Podéis estar dispuestos para actuar en cualquier momento?

—Depende de para lo que sea, general.

—Quizá haya que matar a un par de personas en el manicomio de Salt Bell.

—Eso puede ser difícil... Supongo que se refiere a gente que quizá llegaría a hablar.

—Sí.

—Estoy de acuerdo en la necesidad de eso, pero repito que

puede ser difícil.

—No lo será.

—¿Por qué?

—Puedo facilitar uniformes de enfermeros. Es sencillo. Me encargo de todos los detalles y sólo necesito unos cuantos hombres.

—Cuenta con ellos, general.

—Perfecto. Esperadme a las cinco, dentro de media hora, enfrente mismo del cementerio de Wall Street, en dirección a la Battery. Ahora hay poco tráfico y podéis aparcar con facilidad. No necesitaréis esperar ni cinco minutos.

—¿Esperar cinco minutos para qué?

—Mi coche favorito, el «Silver Cloud», pasará por delante, a poca velocidad. Vosotros lo seguiréis. En un sitio a propósito que yo habré designado se os darán los uniformes y las armas. —Bien.

—Pero no quiero que llaméis la atención. Nada de haceros visibles. Todos dentro del coche, esperando y listos para actuar. ¿Comprendido?

—Por supuesto, general.

Y Druryson colgó.

Sabía que la gran matanza iba a empezar.

Y que tendría que dejarlo todo liquidado antes de la noche.

La gran matanza empezó.

La muerte siempre suele ser puntual, pero en esta ocasión lo fue mucho más. Porque Druryson y sus hombres, en compañía de el Pecas y los demás pistoleros de confianza, estaban apilados en el «Chevrolet», sin moverse, estacionados ante el cementerio de Wall Street, pequeño y delicioso lugar donde ya no se entierra a nadie, cuando el coche favorito del jefe, el llamado «Silver Cloud», pasó.

Era un magnífico bólido color plata.

Inconfundible.

Ideal para que uno lo siguiera a través del tráfico de Nueva York, sin perderlo. Druryson musitó:

—Ahí va.

Puso en marcha el motor para poder seguirle.

Lo vieron a unas cinco yardas.

Los mejores gorilas del general Slim iban en él. Los reconocieron. Uno de los gorilas asomó la mano por la ventanilla y saludó afectuosamente.

Al menos se despidió de ellos con educación.

Eso no lo podía negar nadie.

Porque mientras por una ventanilla les agitaban la mano, por otra surgían las bocas de dos fusiles lanzagranadas.

Druryson abrió la boca.

Fue a gritar algo sin nombre.

Pero para eso ya ni tuvo tiempo.

Se fue al infierno así, con la cara desencajada y con la boca abierta.

Las dos granadas estallaron de lleno dentro del «Chevrolet», mientras el «Silver Cloud» aceleraba y salía disparado como un rayo para evitar la onda expansiva de la explosión. Porque eso sí, el «Chevrolet» de Druryson y sus secuaces se convirtió en una auténtica bomba.

El depósito de la gasolina estaba lleno por razones elementales: uno no sale para una misión de exterminio pensando en que quizá a mitad de ella tendrá que pararse en un surtidor a pedir su marca favorita.

Todo el motor se hizo pedazos.

El depósito reventó.

El coche se convirtió en una bola de fuego.

Los hombres que estaban dentro no tuvieron tiempo de salir. Se cocieron vivos mientras los gritos parecían oírse en todo Manhattan.

El que había saludado tan cariñosamente por la ventana gruñó:

—Eso, al menos, habrá tenido una ventaja para el Pecas.

—¿Una ventaja? ¿Cuál?

—Elemental, hombre; ya no le molestarán más las moscas...

CAPÍTULO XII

Sí. La gran masacre había empezado.

El general Slim sabía que tenía que acabar, ante todo, con los que estaban perdiendo los nervios y, por lo tanto, podían traicionarle. Los más destacados de ese grupo eran Druryson y su gente.

Y había aprovechado la ocasión de poder tenerlos a tiro a todos juntos. Si no les citaba en seguida, ellos desconfiarían y ya no se reunirían nunca más. O les atrapaba ahora, aprovechando su propio nerviosismo, o no les atraparía ya nunca. Y les había atrapado.

Como el que dirige una operación de exterminio, el general, desde su puesto de mando, había asestado el primer golpe.

Ahora quedaba el segundo.

Y no iba a tardar en asestarlo.

La chica preguntó con suavidad, mientras él daba órdenes por teléfono:

—¿Te gustaría ahora que me quedara?

Slim le asestó una brutal patada, mientras gritaba:

—¡Mierda!

Los hombres que habían llevado a buen fin la masacre de Wall Street rodaban ahora por Nueva Jersey después de atravesar el Lincoln Tunnel. Eran la plana mayor de las fuerzas de Slim y tenían que actuar sin vacilaciones. Todo iba a empezar y terminar en una sola noche. Su objetivo estaba claro:

El manicomio de Salt Bell.

En un edificio que Slim había designado, dejaron los fusiles lanzagranadas y cambiaron de coche, pues estaban seguros de que ya la policía habría dado por radio la descripción del que realizó el atentado. Slim había empleado el «Silver Cloud» para inspirar confianza a los que iban a morir, ya que uno no prepara un crimen

en un coche tan llamativo. Eso significaba que la pintura del coche debería ser cambiada del todo, cosa que un par de hombres de confianza se dispusieron a hacer en el propio garaje del edificio. Mientras tanto, los asesinos salieron en otro bólido.

Éste era un espacioso «Mercury Eight».

Armados de pistolas con silenciador, se dirigieron hacia Salt Bell.

El manicomio estaba en un sitio tranquilo, apartado, y rodeado de jardín, como casi todos los establecimientos similares. Pero los esbirros no tuvieron ninguna dificultad para pasar, porque uno de los soplones de Slim estaba *casualmente* de guardia aquella noche.

Tampoco hubo problema para dirigirse a los vestuarios y cambiar sus ropas por batas de enfermeros. Slim, demostrando el poder que tenía, había sabido mover en unas pocas horas a todos los hombres que tenía disponibles dentro del manicomio.

Los cuatro pistoleros que acababan de llegar escondieron sus armas.

Curiosamente, los uniformes blancos les caían bien. Parecía como si hubieran sido enfermeros toda su zorra vida.

Teck, el que los mandaba en sustitución del difunto Marcus, preguntó a su enlace en voz baja:

—Hemos de liquidar a dos hombres. ¿Te ha dicho el jefe cuáles son?

—No, eso no. Tenía miedo de cometer una indiscreción por teléfono.

—Nosotros sí que sabemos quiénes son —dijo Teck, en voz baja—. Se trata de Lay y Nomen. Los dos se han recuperado mucho y, en un momento dado, podrían hablar. Hace falta que queden mudos para siempre esta misma noche.

El enlace musitó:

—De acuerdo. De modo que Lay y Nomen...

—¿Te sorprende?

—No. Precisamente en la Dirección hablaban de darlos de alta.

—¿Cómo podremos liquidarlos sin que se entere nadie?

—Eso es relativamente fácil —dijo el soplón.

—¿Fácil? ¿Cómo?

—Puedo decir que vayan al departamento de duchas.

—¿A esta hora?

—Es elemental. Un médico puede decidir que se aplique una ducha fría, a cualquier hora, si piensa que conviene para el tratamiento. Yo digo que el médico la ha recetado y en paz.

—¿Obedecerán?

—¿Y por qué no? Han obedecido siempre. Yo llevaré a los dos hombres al mismo departamento de duchas y los colocaré uno frente al otro, de modo que no tengáis más trabajo que disparar a ambos lados. Cuando estén bajo el agua, correré a avisaros. Vosotros me estaréis esperando aquí mismo y tardaréis medio minuto en llegar al departamento de duchas. Una vez allí, bastarán diez segundos más para acabar con todo.

—¿Y podremos huir en seguida?

—Yo mismo os sacaré sin problemas. Lo demás, como por ejemplo explicar esas muertes, depende de la inteligencia que tenga el jefe. Es cosa suya. —Por él no te preocupes; lo hará bien.

—Okey.

El cabrito salió.

Volvió al cabo de cinco minutos escasos, pero cuando los asesinos ya empezaban a impacientarse.

—¡Por tu cochina madre! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué ha pasado? ¿Les has hecho rezar una oración antes de enviarlos a la ducha?

—Tenía que sacarlos de sus habitaciones sin llamar la atención, idiotas. Ahora han empezado a ducharse. Podéis venir.

—¿Se les ve nada más entrar?

—Bueno, los cristales de las duchas son traslúcidos, pero se distingue la figura que hay dentro. De todos modos, para que podáis apuntar bien, conviene que tengáis a las dos víctimas fuera. No habrá problema porque yo les haré salir.

—Nos lo pones todo bien, ¿eh?

—Para eso me pagan.

Los asesinos aparecieron en el pasillo como una procesión de fantasmas. En efecto, la distancia a recorrer era muy corta. Y habían elegido una buena hora, porque todos los enfermos que no tenían régimen de reclusión estaban ya en la cama o viendo el último programa de la TV. Por los pasillos no se distinguía a nadie.

El enfermero musitó:

—Es aquí...

Nada más abrir la puerta oyeron el rumor del agua. Todos sonrieron al darse cuenta de lo fácil que iba a ser.

Había en el recinto seis departamentos o cuartos, cada uno de ellos cerrado por una puerta de cristal traslúcido. Sólo en dos de esos cuartitos, situados uno enfrente del otro, había luz, lo que indicaba que estaban ocupados del modo que el enfermero había dicho.

Más fácil no se lo podían poner a unos profesionales como aquéllos.

Sacaron sus armas.

Todas eran «Luger» con silenciador.

Buenos cacharros para ir predicando por ahí el silencio eterno. El enfermero fue hacia una de las duchas.

—¡Lay! —llamó—. ¡Sal!

Sabía que el enfermo iba a conocer su voz.

Todo sencillo.

La puerta se abrió.

Y entonces todos quedaron helados.

Con la sensación de que el suelo vacilaba bajo sus pies.

Y no era precisamente porque tuvieran enfrente una aparición desagradable.

Demonios, todo lo contrario.

Aquella figura era..., era...

Mientras se mostraba desnuda ante ellos, con el cuerpo todavía empapado de agua, Patty gritó:

—¿Qué pasa? ¿Es que no habéis visto nunca una mujer sin la cascara? ¿O preferís ver algún tío...?

CAPÍTULO XIII

Los asesinos estaban tan paralizados por el asombro que fueron incapaces de reaccionar durante un par de segundos. Incluso sintieron que les fallaba la respiración.

No lo entendían.

Estaban casi aterrados.

Y se fueron al infierno sin entenderlo.

Aquellos dos segundos durante los que permanecieron inactivos fueron una eternidad para el hombre que estaba al otro lado, en la ducha de enfrente. Porque la puerta de cristal del otro lado también se abrió. Y en el hueco apareció el cuerpo desnudo de Clive Murdock. Tranquilo.

Casi sonriente.

Con un «Magnum» dotado de silenciador en su mano derecha.

No necesitó ni apuntar.

Los cuatro hombres estaban cerca.

Cuatro cabezas.

Cuatro balas.

Todo aquello no duró ni dos segundos.

Cuando los cuatro asesinos cayeron fulminados, Clive Murdock apuntó al enfermero que les había llevado allí.

El tipejo estaba blanco como un muerto.

Escupía baba.

Había caído de rodillas.

—Piedad... —pidió—. Piedad...

Clive Murdock le puso el cañón en la boca.

—Todo depende de ti —dijo.

—¿De... mí?

—De la lengua que gastes.

—No..., no entiendo.

—Todo depende de lo que hables. Por el momento, vamos a ir

todos juntitos a la habitación donde he encerrado a los pobres tipos que tú ibas a hacer asesinar. Y allí vas a cantar ópera si no quieres reventar. Necesito el nombre de la persona que te ha llamado para darte órdenes. Necesito su domicilio. Lo necesito todo o tú vas a necesitar otra cosa.

—¿Qué...?

—Un ataúd.

Y Clive le empujó brutalmente con el cañón del revólver.

No se le disparó por casualidad.

Y es que hasta los «Magnum» te dan cada susto de muerte...

Slim estaba colgado del teléfono. Los cristales de sus gafas habían adquirido, de nuevo, aquel extraño color gris. La papada le temblaba casi espasmódicamente a causa de la excitación.

—¡Brent! —gritó—. ¿Pero es que todavía no han vuelto aquellos hijos de perra? ¿Cómo es que no hay noticias?

La voz del otro lado del hilo era también temblona.

—No hay nada, jefe. Sé que llegaron al manicomio de Salt Bell, pero no hemos sabido ni una palabra más.

—¿Cómo es posible?

—Puede que hayan surgido problemas, jefe.

—¡Llama a Salt Bell!

—Lo he intentado.

—¿Y el enlace?

—No contesta.

Slim apretó los labios.

Estaba tan nervioso que se retiró las gafas. Ni ese simple contacto podía soportar ya.

—Rex —ordenó.

—¿Qué?

—Quiero que subas inmediatamente. No me gusta esto. Tengo la sensación de que el peligro está aquí, rodeándonos. Desde los últimos días de Saigon, cuando tuvimos miedo de que los viets nos acorralaran, nunca había sentido una cosa semejante.

—Lo entiendo, jefe.

—¿Cuántos hombres hay de guardia?

—Sólo dos.

—¿Por qué?

—Ya sé que le parecen pocos... Pero los otros son gente de poca

monta en la que no se puede tener confianza... Y los mejores han salido para esa masacre. ¿Qué quiere que haga?

Reunir más hombres me costará, como mínimo, una hora.

Slim reflexionó velozmente.

—De todos modos tendremos que hacerlo —dijo—. Sube tú mismo con la lista de los disponibles. Desde aquí, por teléfono, daremos una especie de alerta general. Es necesario.

—Ahora mismo, general.

—¡No me llames general por teléfono, idiota! ¡Ni aunque fuese por la línea interior!! ¡Te lo he dicho cien veces!

Rex no contestó.

Seguro que estaba tan aterrado como el propio Slim.

Éste unió las manos nerviosamente.

Oía los leves ruidos que producía Kaly en el dormitorio contiguo, esperando todavía a que él viniese. Aquellos ruidos le tranquilizaban normalmente, pero ahora le producían una, especie de sorda irritación. No podía soportar ni siquiera la existencia de la muchacha, que era su más fiel esclava.

De pronto ahogó una maldición.

¿Por qué tardaba tanto Rex?

¿Qué pasaba?

«Idiota», masculló.

Estaba llegando al borde de la crisis nerviosa. Cada minuto que pasaba le parecía un siglo.

Fue a dar un puñetazo sobre la elegante mesa lacada, pero, en aquel momento, oyó pasos al otro lado de la puerta. El imbécil de Rex llegaba al fin.

La puerta se abrió.

Y en el umbral apareció Rex.

—¡Jefe! —gritó.

Slim le miró con los ojos desencajados.

No podía creerlo.

Su piel se arrugó como la piel de una serpiente.

Y lanzó un grito de horror.

Porque la punta acerada que salía del pecho de su esbirro era la punta de un alfange malayo de los que él tenía en su colección de armas. A Rex se lo habían clavado por la espalda hasta atravesarle todo el cuerpo.

Sus piernas vacilaban.

La sangre corría por su vientre.

El esbirro bisbiseó.

—General...

Éste no podía creer lo que estaba viendo. Todo se nublaba ante él. Era como si tuviera manchas de sangre en los ojos.

Balbuceó:

—Nooooo.

Y lo vio caer.

El cuerpo de Rex, al desaparecer de la puerta, dejó vacío el campo visual. Y ese campo fue ocupado por una figura alta, implacable, que Slim conocía muy bien. Una figura que le hizo lanzar un grito de horror mientras metía espasmódicamente la mano en el cajón central de su mesa, en busca del revólver.

Ni eso consiguió.

Clive Murdock dijo, con su voz más amable:

—Calma, hermano.

Y disparó con su «Magnum» provisto de silenciador. Le atravesó el hombro derecho.

Luego el izquierdo.

Todo el cuerpo de Slim había girado como una peonza.

Se estremeció de dolor.

Después de aquellos disparos había quedado convertido en un parálítico, y él lo sabía.

—¿Por qué no me matas de una vez? —gimió—. ¿Por qué? ¿POR QUE?

La sonrisa de Clive se hizo más suave, más ancha. Casi amable.

—Todo a su tiempo —dijo.

Y extrajo la ampliación de una fotografía que Slim tenía motivos para conocer muy bien. En ella se veía, a gran tamaño, el cuerpo de una mujer cayendo entre las bombas.

—Se la daré a esa chica que te espera en la habitación de al lado —musitó—. ¿Sabes que las orientales pueden dar placer a un tío durante toda la noche sin que se les derrita, pero también pueden dar tormento a un tío, toda la noche, sin que se les muera? Pues eso va a hacer contigo, Slim. Te quedan aún algunas horas de vida, pero cada una de esas horas, cada uno de esos minutos, lo vas a maldecir y a llorar con sangre...

Y sujetó a su enemigo por el pelo, para arrastrarlo poco a poco.

Más poco a poco aún, se dirigió a la habitación donde se encontraba Kaly y abrió la puerta.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] El autor de la matanza de My Ly, en Vietnam, donde fueron masacrados sin piedad mujeres y niños. La culpabilidad del teniente Calley fue probada, pero después de una condena simbólica se le dejó en libertad. (N. del A.). < <